

**MONTEVIDEO
COTIDIANO**

**Mónica Maronna
Gerardo Pérez**

13

30 AÑOS

EN CUERPO Y ALMA



Intendencia
Montevideo



**Nuestra
Montevideo**

13

**Nuestra
Montevideo**

Intendente de Montevideo: Carolina Cosse

Secretaría general: Olga Otegui

Asesoría de Desarrollo Municipal y Participación: Federico Graña

Departamento de Cultura: María Inés Obaldía

Equipo 300 años de Montevideo: Ana Acosta, Mauricio Bruno, Ximena Caporale, Ana De Rogatis, Natalia Díaz, Leonardo Fossatti, Rodrigo Mesa, Soledad Moreira, Miguel Pereira, Lía Perez, Leonardo Pintos, Jeaninne Vera

Coordinación académica por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República: Nicolás Duffau y Ana Frega

Coordinación de los equipos de trabajo: Matías Borba e Irene Taño

Equipo de investigación *Nuestra Montevideo*: Andrea Antuña, Renata Baltierra, Lía Fierro, Daniel Gómez, María Fernanda Morales, Belén Ramírez, Elisa Rodríguez, Francis Santana, Natalia Stalla, Mariana Trías

Equipo de investigación *Cuenta la ciudad desde tu barrio*: Emanuel Andriulis, Sebastián Carvalho, Eliana Crusi, Ariana Dufour, Priscila Frupp, Joaquina González, Leandro Lereté, Clara Perugorría, Lorena Rodríguez, Marcos Rodríguez, Fabiana Solari, Marcio Souza

Corrección y diagramación: Nairí Aharonián Paraskevaídis

ISBN: 978-9974-906-62-4

© Los autores, 2024

© Las y los fotógrafos, 2024

© Intendencia de Montevideo, 2025

Imagen de portada: Rambla de Montevideo, a la altura de playa Ramírez, Canteras del Parque Rodó. fotografía de Javier Noceti / Montevideo Portal.

MONTEVIDEO
COTIDIANO

13

Mónica Maronna
Gerardo Pérez



Nuestra
Montevideo

A Mariana Trías y Daniel Gómez por su apoyo profesional a lo largo de todo el trabajo.

Su generosa colaboración fue central e indispensable para concretar este fascículo.

Mónica Maronna es doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y egresada de Historia del Instituto de Profesores «Artigas» (IPA). Es profesora e investigadora en régimen de dedicación total en la Facultad de Información y Comunicación de la Universidad de la República (Udelar) e integra del Sistema Nacional de Investigadores. Sus publicaciones y temas de investigación se relacionan con el siglo XX uruguayo y se ha especializado en historia cultural de los medios de comunicación en Uruguay.

Gerardo Pérez es licenciado en Ciencias de la Comunicación por la Udelar y profesor de Historia egresado del IPA. Trabaja en Secundaria y en la Universidad ORT en la carrera de Comunicación, vinculado a cursos de Historia universal y nacional. Es coconductor de «Espectadores y protagonistas», en radios *El Espectador* y *Del Sol*; creador de los podcast *Diamantes Orientales* y *19 recorridos con historia*, y coconductor del ciclo *Caminando la historia. 300 años de Montevideo*. Es autor del libro *Un barrio mil historias* (2020).

Presentación

Comienza la colección **Nuestra Montevideo**, con quince fascículos mediante los cuales nos adentramos en un recorrido histórico donde se abordan aspectos políticos, económicos, sociales y culturales a lo largo de tres siglos.

Una ciudad es la materialización del entramado social que la vive, la construye, significa, la imagina y la reinventa. Montevideo es ese entramado, fiel reflejo de esa red diversa. Conmemoramos sus trescientos años y qué mejor manera que poner en relieve los hilos

que atan, entretujan y delimitan la trama de nuestro presente.

La historia de nuestra Montevideo también es la historia de nuestros derechos conquistados y de ese trabajo permanente por ejercerlos en libertad y en comunidad. Es una historia que vive en continua construcción, transformación y en constante diálogo con la memoria de todos sus habitantes

Montevideo es la que nos une;
Montevideo es la vida de su gente;
Montevideo tiene alma, su alma es

su historia, y Montevideo nos da un cuerpo para unirnos. Alma con música, cuerpo que canta.

Estos fascículos son un aporte para comprender mejor nuestro pasado y nuestro presente. Nos ayudarán a reflexionar sobre nuestra identidad como ciudad y como comunidad, y ojalá sean un pequeño aporte para pensar nuestro futuro.

Carolina Cosse
Intendente de Montevideo

Hoy escucharemos una historia especial
De la gente más corriente y normal
Una historia extraordinaria
Sin las grandes luminarias

Un guión extraordinario
Para actores secundarios
Gente común
Gente común...

(Agarrate Catalina, 2011)

En este fascículo proponemos un recorrido que se centra en los modos en que la población desarrolla su experiencia cultural o sus modos de hacer en ciertos universos de prácticas que transcurren en el ámbito de lo cotidiano. La complejidad y la amplitud del tema que se aborda nos exigió centrarnos en —y recortar— algunos núcleos en torno a los cuales giran los *modos de hacer* que construyen rituales cotidianos socialmente comunes. Seleccionamos algunas prácticas cotidianas que expresaran las

diversas experiencias colectivas y privilegiamos la experiencia barrial en el entendido de que allí transcurren los modos de hacer que le otorgan identidad al espacio compartido.

El barrio representa el lugar que une lo doméstico individual —de puertas adentro— con los circuitos externos de la ciudad. Aunque imperceptible, el acontecer cotidiano está en permanente cambio, a veces más estruendoso y a veces muy sutil, apenas perceptible;

un cambio que afecta a todos por igual aunque su impacto sea diferente según las condiciones materiales, la clase social de pertenencia o la edad, género, religión, barrio, educación, entre tantas variables que inciden en la multiplicidad de formas de hacer cotidianas. Texto e imágenes que se ofrecen en esta entrega permitirán observar algunos núcleos que articulan y vertebran el día a día en sus expresiones materiales y simbólicas.

Julio García Condoy, *Vista desde la Aguada, de la Plaza Fuerte de San Felipe y Santiago de Montevideo*, 1951. Óleo sobre tela, 97 x 61 cm. Copia del dibujo original de Fernando Brambila, 1794. Museo Histórico Nacional (MHN).

«A fines del siglo XVIII había en la Aguada una prolongada planicie cubierta de arenales. Una fuente construida para abastecer a los navíos que llegaban al puerto, dio su nombre al populoso barrio. Allí venía el marineraje con sus pipas y barriles a hacer su aguada, quedando las lanchas a más o menos distancia de los pozos, por lo bajo de la playa, operación que siguió en práctica hasta ahora unos 50 años. Por de contado, los pobres marineros a calzón remangado se metían en el agua trayendo los cascots para el lleno hasta los pozos, y retornándolos del mismo modo a la embarcación con un trabajo del diablo. En el verano, baño más o menos sería para ellos una jarana: pero en invierno y cuando se le antojaba al Plata “hinchar el lomo”, dijera algún paisano, la cosa era seria» (Isidoro de María, *Montevideo Antiguo. Tradiciones y recuerdos*, tomo I. Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, 1957, p. 153).



El mundo colonial y una vida entre murallas. ¿Sos de afuera?

Montevideo nació como un proyecto defensivo para proteger la región y, con ese objetivo, se fue construyendo un escudo de piedra. La construcción de la muralla y de la ciudadela que resguardaban la ciudad insumió largos años —como se analiza con más detalle en el fascículo 3 de esta colección—.

Aquel Montevideo de hace trescientos años se construyó con muchas dificultades. No abundaban ni los brazos, ni los recursos materiales. Los documentos indican las penurias de aquellos primeros pobladores. El historiador Luis E. Azarola Gil señala que a las familias llegadas en 1726 desde las Islas Canarias hubo que proveerlas de algunas varas de ropas para repararlas de su desnudez. En esos primeros años, un cubierto, una olla, ropa o madera para servir de puerta eran bienes muy preciados, tanto que en los primeros testamentos estos objetos figuraban como herencia. Proveerse de alimentos,

leña, sebo, cueros o materiales para construir las viviendas resultaba un gran desafío para esos primeros vecinos sumidos en una gran precariedad de bienes materiales.

El Cabildo, que entró en funciones en 1730, estaba integrado por vecinos, es decir, los hombres afincados con propiedades en la ciudad; aquellos primeros habitantes y sus descendientes conformaron ese primer núcleo poblacional. Por sus funciones y su lugar en el orden colonial, representaba la proximidad con la realidad, la adaptación a las circunstancias que hicieran viables las actividades básicas comunes. Alumbrado, limpieza, seguridad, organización de eventos y fiestas reales, finanzas, mercado, abastecimiento, control de precios, cárcel y muchas acciones más de alta incidencia en lo cotidiano formaban parte de las extensas competencias del Cabildo.

Una vez que la muralla, ese gigante de hormigón de nueve metros de altura, marcó algunos elementos de la vida cotidiana de aquella aldea que aspiraba a convertirse en ciudad y delimitó un adentro y un afuera. Esta noción del *afuera* fue tan potente que sigue apareciendo en algunas expresiones del presente como cuando se hace referencia a vecinos que tienen su origen en departamentos que no son Montevideo y en la interacción con ellos, en ocasiones surge la pregunta ¿sos de afuera?

Si bien en sus comienzos Montevideo abarcaba un espacio mucho más extenso que el que ocupa en la actualidad, la muralla marcó un adentro urbano, portuario, cristiano, en el que existía cierto grado de orden y tranquilidad, y un afuera percibido como un paisaje agreste, de interacción mestiza, pero también con emprendimientos destinados a abastecer a la ciudad. Este territorio extenso fue analizado en detalle

en el fascículo 2 de esta colección, donde Fernando Pesce y Lucía Rodríguez Arrillaga señalan que el espacio es condición esencial para el desarrollo de posibilidades pero también de limitaciones.

La vida extramuros encerraba muchos peligros como la presencia de perros cimarrones, en las orillas del arroyo Miguelete. Aquellos animales salvajes causaron varios problemas para la vida del ganado y de las personas, y, por ello, el

Cabildo estableció que las familias que buscaban afincarse en las chacras de la zona que hoy es el Prado debían presentar dos perros muertos por mes. La acción, sangrienta y constante, de aquellos primeros pobladores de Montevideo cazando perros hizo que a un afluente del arroyo Miguelete se lo llamara arroyo Mataperros, una de las tantas corrientes de agua que fueron canalizadas con el tiempo, por lo que hoy ya no es visible para los vecinos.¹

Salir de la aldea montevideana o ingresar a ella implicaba atravesar la muralla por uno de sus dos portones (conocidos como portón de San Pedro y de San Juan), pautados por horarios de apertura y cierre muy estrictos que hacían temer a quienes diariamente transitaban por ellos. Las lavanderas que iban a los arroyos debían estar atentas para evitar pasar la noche fuera en una zona de múltiples peligros.

¹ Isidoro de María, *Montevideo Antiguo. Tradiciones y recuerdos*, tomo I. Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, 1957, p. 12.

*Jean León Palière, La Puerta de la Ciudadela. Acuarela sobre papel, alrededor de 1855-1876.
Colección Iconográfica. Museo Histórico Nacional. MHN 1484.*



Un poblado en crecimiento

La intensa actividad comercial fue transformando progresivamente aquella aldea de comienzos difíciles, peligrosa y con grandes carencias de abastecimiento, hacia una urbe que crecía al amparo de las actividades portuarias. En aquel mundo los traslados posibles eran a pie, diligencia o carreta, y estos últimos eran peligrosos para los transeúntes y motivaban quejas por las hendiduras y los pozos que dejaban en el suelo, algo que favorecía la acumulación y la mezcla de efluvios de orígenes varios. Los olores de Montevideo debieron ser muy penetrantes, probablemente solo atemperados por los vientos que asolaban a la península.

Al mismo tiempo que la ciudad crecía y sus habitantes aumentaban sus recursos económicos, se elevaba el número de comercios

con productos importados para abastecer el consumo local.² Sobre la actual calle Juan Carlos Gómez, llamada de San Fernando, muy próxima al portón de San Pedro, se instalaron tiendas que vendían vino, aceite para el consumo, especias, junto a «monturas, frenos, estribos, cinchas, rebenques, riendas, cojinillos, bozales, argollas, redomonas, estriberas, a la vez que calzoncillos, chaponas, barbijos, fajas y otros artículos de uso para los hombres de campo».³

Además del gran consumo de yerba o harina, se había extendido mucho el uso de un tipo de tabaco, el rapé. Aquella sociedad colonial encontraba en aquel artículo un producto para distender tensiones. Sostiene al respecto Isidoro de María que había muchos *polvillistas* por Montevideo, tanto entre

quienes podían ser llamados con el apelativo de *don* como entre las clases populares. Como narraba el cronista, existía un tabaco rapé de un calor amarillo claro y otro más grueso conservados en cajas de carey, de nácar o hasta de oro y plata con el que se solía convidar a los amigos.⁴

Otra arista de aquella cotidianidad era la costumbre de tener guiado el día por horarios pautados por la tradición católica. Calendario, horarios y rutina cotidiana estaban atravesados por la religiosidad imperante. Nadie se levantaba de la mesa «sin dar gracias a Dios», y los hijos le pedían la bendición a su padre. Del rezo, la bendición y las buenas noches o buenos días, el persignarse «al salir de casa, al entrar en la iglesia, al comer

2 Remitimos al trabajo de María Inés Moraes y Florencia Thul para un detalle especializado sobre la producción y la economía que constituye el foco del fascículo 10 de esta misma colección.

3 De María, o. cit, tomo I, p. 78.

4 *Ibíd*em, p. 39.



y al dormir» no hay que hablar», comenta De María.⁵ Horarios fijos para no volver a salir del hogar y al que había que respetar: «Al toque de queda; es decir, al toque de ánimas, a las 8 en invierno desde el miércoles de Ceniza,⁶ y

a las 9 en verano desde el día de la Conmemoración de los Fieles Difuntos».⁷

Desde 1818, el reloj de la Iglesia Matriz vino a complementar los destaques que hacían las

campanas: «Al fin vino el suspirado reloj, para ornar la desnuda torre de la Matriz, destinada para ese objeto».⁸

Página contigua: Adolfo d'Hastrel, *Azotea*, 1840. Acuarela sobre papel, 24,4 x 18,4 cm. Museo Histórico Cabildo.

5 De María, o. cit, tomo I, p. 191.

6 Refiere al inicio de la cuaresma (los cuarenta días anteriores al comienzo de la pascua), momento especial para la religiosidad católica y el 2 de noviembre, el Día de los Difuntos.

7 De María, o. cit, tomo I, p. 192.

8 Ibidem, p. 252.

Esclavizadas en la ciudad

Montevideo plaza fuerte, apostadero naval y puerto articularon la ciudad. La historiadora Ana Frega ha escrito sobre esa transformación de una ciudad marca fronteriza a capital del Estado independiente y los cambios que eso supuso, como se puede leer en el fascículo 3 de esta colección.

El puerto fue puerta de entrada y llave para el ingreso de personas, mercaderías y también de ideas y publicaciones. Por su impacto, se ha seleccionado el comercio esclavista en la región, que encontró en el puerto de Montevideo uno de sus puntos estratégicos. A modo de ejemplo, se puede señalar que entre 1742 y 1810, llegaron 270 buques con personas esclavizadas al puerto de nuestra ciudad.⁹ En muchas ocasiones, se ha intentado minimizar la explotación de la

esclavitud comparando la situación con quienes eran llevados a las grandes plantaciones de otras regiones de América tanto durante la colonia como luego de la independencia. Esa comparación con realidades mucho más trágicas recubre la dimensión real de la esclavitud en el Montevideo urbano y rural envolviendo la situación bajo el manto de cierta mirada condescendiente y excepcional como si los males peores solo ocurrieran en otras regiones. Tanto en aquellas ciudades como aquí, los amos eran dueños de la vida de las personas esclavizadas y, por lo tanto, consideraban que podían ejercer todo el poder y el rigor de los castigos, sobre todo —indican los documentos— cuando se temía que emularan ejemplos de sublevación. No obstante, cualquier situación cotidiana podía ser

objeto de castigo: desde el robo de alimentos para paliar el hambre, la demora en las tareas o expresar sus propias expresiones religiosas y culturales. En la vida cotidiana de la Montevideo de los siglos XVIII y XIX, las personas esclavizadas hacían todas las tareas domésticas: limpieza, cocina, mandados, lavado de ropa, niñera, nodriza, planchadoras, costureras. En este sentido, «las mujeres esclavizadas se veían oprimidas doblemente por su condición de mujer y por su pertenencia étnica».¹⁰

Además del trabajo doméstico, aquellos hombres y mujeres privados de su libertad, ocuparon un papel importante como artesanos, vendedores ambulantes, trabajadores en comercios, estibadores, aguateros, etc. En las zonas aledañas extramuros, eran usados

9 Al respecto, pueden leerse los aportes del historiador Alex Borucki, entre ellos, *De compañeros de barco a camaradas de armas: Identidades negras en el Río de la Plata 1760-1860*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2017, y «250 años de tráfico de esclavos hacia el Río de la Plata. De la fundación de Buenos Aires a los «colonos» africanos de Montevideo, 1585-1835», en *Claves. Revista de Historia*, vol. 7, n.o 12, 2021

10 Ana Frega, Nicolás Duffau, Karla Chagas y Natalia Stalla (coordinadores), *Historia de la población africana y afrodescendiente en Uruguay*. Montevideo: MIDES y FHCE, Universidad de la República, 2020, p. 106.

en tareas rurales como peones, capataces o para la extracción de cueros, entre tantas actividades que desempeñaban, por lo que la esclavitud era un pilar de las actividades cotidianas y sostén material de la vida de la ciudad.

El negocio del tráfico esclavista contaba con otro escenario que formó parte de aquella cotidiana heterogeneidad montevidiana del *afuera*: el Caserío de la Real Compañía de Filipinas que funcionó entre 1787 y 1812. Este espacio fue construido por la Real Compañía de Filipinas (propiedad del rey de España y privados), para que los esclavos cumplieran

cuarentena antes de ser comercializados y de esta forma evitar el contagio de epidemias en el Montevideo amurallado. Las investigaciones que se desarrollan desde hace más de una década han podido determinar el lugar donde estaba ubicado en el barrio Capurro. Las investigaciones arqueológicas desarrolladas por Roberto Bracco Boksar, José López Mazz y Camilo Collazo han incrementado el conocimiento sobre la población esclavizada. Los análisis bioarqueológicos de Gonzalo Figueiro y Lucas Prieto (2025) han permitido determinar la procedencia geográfica de una persona esclavizada, originaria del

interior de África (Angola, Namibia o Zambia), a partir de los restos óseos humanos hallados en un enterramiento. Según el memorialista Isidoro de María, «por mucho tiempo [...] sirvió para depósito de los pobres negros condenados a la esclavitud».¹¹

El caserío tenía una utilidad estacional, es decir que se utilizaba de diciembre a abril, por lo que se buscaba darle otros usos en el resto del año: «alojamiento de tropas [...] depósito de granos (alhóndiga), pero esta idea fue descartada porque se consideró que el trigo allí colocado podría contaminarse».¹²

11 Isidoro de María, *Montevideo Antiguo, Tradiciones y recuerdos*. Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, Tomo II, 1957, p. 263.

12 Frega, Duffau, Chagas y Stalla, o. cit., p. 94.

El color de la piel como estigma

En 1821, Lucas Obes defendió a las dos esclavas acusadas de matar a Celedonia Wich, viuda del próspero comerciante Cristóbal Salvanach. En su alegato señalaba que el castigo, pena de muerte para Mariquita y Encarnación, no hacía más que fortalecer «las añejas prevenciones de un pueblo que mira con horror un cadáver y no mira con tedio un cargamento de esclavos [...] donde el color de las personas pasa por signo de esclavitud o libertad, donde las amas creen que el siervo es una

bestia de carga, y las leyes no lo desmienten».¹³ *Negro o mulato* se convertían en el peor insulto que se podía proferir. Varios expedientes judiciales de blancos que se sintieron agraviados demuestran el peso del estigma que recaía sobre esta población. «Para significar la vileza, infamia y bajeza de las acciones, decimos que solo un mulato las haría», se puede leer en un expediente judicial de un descendiente de europeo que se

sintió agraviado porque se decía que aunque se consideraba «pan blanco era pan baso» (bajo, negro, de salvado).¹⁴

La exaltación de la *tez blanca* permaneció más allá del fin formal de la esclavitud. A mediados del siglo XX, el color tostado se asociaba a la clase trabajadora y tomar demasiado sol hasta quedar muy bronceado, no constituía un símbolo de prestigio social.

Conventillo Mediomundo, febrero-marzo de 1959. Fotografía de Eduardo Colombo. CdF, IM. Foto 47FPEC.

En diciembre de 1978, el conventillo de Mediomundo, en Cuareim 1280, fue desalojado a la fuerza en cumplimiento de un decreto de la dictadura civil-militar. Como solución habitacional, el conventillo se había expandido durante la modernización, alcanzando en 1908, como indican Milita Alfaro y José Cozzo, 1130 viviendas de este tipo, que, por su precio, resultaban accesibles para inmigrantes y trabajadores. Cada espacio era de muy escasas dimensiones y contaban con cocinas, baños y piletas colectivas. El Mediomundo tenía 32 piletas y un aljibe. Más adelante, una canilla, en el espacio central común, que era utilizada por muchas mujeres que trabajaban como lavanderas. El patio central oficiaba como espacio de sociabilidad, de encuentro e intercambio entre poblaciones de diverso origen. Representa, sobre todo, un lugar de producción cultural montevideana, como el *candombe* que anidó sobre todo en Barrio Sur y Palermo (Milita Alfaro y José Cozzo, *Mediomundo, sur, conventillo y después*. Montevideo: Ediciones Medio&Medio, 2008).

13 Aníbal Barrios Pintos, «Historias privadas de la esclavitud: un proceso criminal en tiempos de la Cisplatina», en G. Caetano, T. Porzecanski y J. P. Barrán (coordinadores), *Historias de la vida privada en el Uruguay*, tomo 1. Montevideo: Taurus, 1996, p. 184.

14 Arturo Bentancur Díaz, *Amos y esclavos en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Planeta, 2006, p. 53.



Saneamiento de la ciudad

«Agua va» solía ser, con suerte, la advertencia que los dueños de casa gritaban cuando arrojaban a la calle los residuos domésticos. Además de ser fuente de penetrantes olores, eran un factor de transmisión de enfermedades.

Una de las principales preocupaciones de cualquier ciudad que crece es resolver el desecho de las aguas domésticas, así como los desechos industriales o pluviales. En 1854, el gobierno del general Venancio Flores firmó un contrato de concesión a un privado,

Juan J. de Arteaga, para la puesta en marcha de la primera red de construcciones subterráneas «destinadas a llevar a distancia de los lugares habitados las aguas sucias e infectas que hayan servido al uso doméstico o a las necesidades de las diferentes industrias».¹⁵ Montevideo fue la primera ciudad latinoamericana en construir su red de saneamiento.

Por una ley de 1913, con una ciudad que había multiplicado su población por diez, la conexión de las casas a la red cloacal fue

obligatoria y el saneamiento quedó a cargo del gobierno departamental. El ritmo de crecimiento de las obras se multiplicó en poco tiempo abarcando más territorio a un ritmo de ejecución muy acelerado. Se estima que durante la gestión privada (1854-1913) se habían saneado 100 ha por quinquenio y construido 18 km por quinquenio. Desde 1913 hasta 1950, al amparo de un plan de saneamiento muy organizado se alcanzaron 920 ha/quinquenio y 164 km/quinquenio.¹⁶

15 Intendencia de Montevideo, 1913-2013, *100 años de gestión pública del saneamiento de Montevideo a cargo de la IM*. Montevideo: Desarrollo ambiental, IM, en <https://montevideo.gub.uy/sites/default/files/resenasobresaneamientodemontevideo.pdf>

16 Ídem.

Abastecimiento de agua

En figurillas debieron verse los primeros pobladores de San Felipe y Santiago para poder proveerse de agua potable, especialmente en la estación del verano, cuando ni charcos había donde tomarla. Tenían un gran río a sus pies, descubierto por Solís, pero era salado en estas alturas.¹⁷

El agua para beber es una de las necesidades básicas que más atención ha requerido siempre porque no toda acumulación hídrica es apta para el consumo y la que existe debe preservarse de factores contaminantes. En la época colonial dos fueron las fuentes: la recogida en cisternas o aljibes domésticos o la que proveían los vendedores ambulantes, los aguateros. Mientras tanto, el Cabildo le dedicó mucho tiempo a solucionar el abastecimiento, autorizando la apertura de pozos para asegurar las condiciones básicas de salubridad, dado que muchos de ellos se agotaban, se mezclaban de agua salada o se enturbiaba con su constante uso

y trasiego. La autoridad colonial más próxima al vecino debía asegurar las condiciones necesarias en materia de salud e higiene, pero también negociaba el precio con los aguateros, los proveedores cotidianos de agua. Ya en 1730, el Cabildo advertía acerca de la necesidad de limpiar los pozos cada quince días. Dentro de la ciudad se abrieron varias fuentes para el abastecimiento en lo que es hoy es Ciudad Vieja y Centro, por ejemplo, donde en la actualidad están emplazados el teatro Solís o la Torre Ejecutiva. A medida que la ciudad crecía, el abastecimiento se fue ampliando. La zona costera de lo que hoy es el barrio de La Aguada se convirtió en una de las fuentes más importantes para surtir los barcos que llegaban al puerto de Montevideo y a la ciudad. Ese fue el origen de la populosa barriada que lleva ese nombre, ubicada próxima al puerto y al centro de la ciudad.

Pero no se trataba solo de almacenar agua de lluvia, sino de depurar o mantenerla lo mejor posible sobre todo en épocas de calor. Para ello, los *filtros* caseros resultaban eficaces, por ejemplo, el pan carbonizado que se depositaba mientras el agua decantaba en jarras de agua, resultaba un recurso adecuado para depurar agua. En el siglo XIX, y sobre todo después de las fuertes epidemias de cólera que afectaron Europa, se vendían filtros para depurar el agua, pero por su costo solo eran accesibles para un grupo reducido de la sociedad. Por su parte, la construcción de aljibes requería un costo importante para que tuviera las condiciones necesarias que lo hicieran eficiente.

Abastecerse de agua potable resultaba una tarea cotidiana muy trabajosa y un bien a cuidar sobre todo en los frecuentes tiempos de escasez. Las lavanderas iban a los arroyos a lavar la ropa y en el uso

17 De María, o. cit., tomo II, p. 151.

doméstico un solo latón de agua debía alcanzar para el aseo de todos los integrantes de la familia.

La apertura de pozos, así como la construcción de fuentes y aljibes, fue parte del diario vivir de una población que encontró en los aguateros el remedio transitorio para un problema que los acompañaría por mucho tiempo. Los aguateros trasladaban varias veces por día sus tarrinas de los pozos en las afueras de la ciudad amurallada hasta los hogares de los vecinos que habitaban dentro.

Los momentos durante los que Montevideo estuvo sitiada (tanto en tiempos revolucionarios como durante la Guerra Grande) implicaron abruptos cortes en la vida cotidiana, causa de desabastecimiento y penurias para sus habitantes. Las restricciones para el acceso al agua en las afueras de la ciudad, por ejemplo, provocaba serios dramas cotidianos. Por ello, una vez terminada la Guerra Grande, el abastecimiento de agua y el saneamiento de la ciudad fueron objeto de particular atención.

Junto con la extensión del suministro de agua corriente, aumentó la preocupación por la calidad del agua que llegaba a los hogares, para asegurar que no fuera vehículo de enfermedades, además de que adquiriera un buen color y sabor, rasgos imprescindibles y necesarios para el consumo cotidiano que se señalan desde las primeras crónicas de la época colonial hasta el presente. La enorme sequía de 1943 alertó sobre las deficiencias para el abastecimiento de agua que provenía del río Santa Lucía. En 1950, la Oficina de Saneamiento del Ministerio de Obras Públicas incorporó los servicios que desde 1879 brindaba la empresa inglesa Montevideo Water Works Co. Ltd. Dos años más tarde se fundó Obras Sanitarias del Estado (OSE), organismo estatal responsable del saneamiento y del suministro y de la calidad del agua corriente en todo el país. Desde entonces, todas las escuelas públicas enseñaban con orgullo nacional que el agua en Uruguay era «incolora, inodora e insípida» y como prueba de ello vertían una gota de agua en un microscopio para que niños

y niñas pudieran observar sus cualidades directamente.

Pero el abastecimiento de agua sigue siendo un problema crucial. La gran sequía de 2023, como la de 1943, puso otra vez en discusión un tema muy sensible. Faltó agua potable, muchos artículos del hogar colapsaron por efecto de la mala calidad del agua y, sobre todo, el agua dejó de ser apta para el consumo humano, y en asentamientos de la periferia de la ciudad fue necesario llevar más agua para abastecer a una extensa población que aun sin crisis apenas logra abastecerse desde una canilla común alejada de su vivienda. El debate sobre el tema dejó al descubierto carencias profundas pese a que técnicos y organizaciones de defensa del agua venían advirtiendo al respecto desde hace mucho tiempo.

El fin del cinturón de piedra

Aquellos mundos heredados de la colonia, separados por una muralla, llegaban a su final y el desarrollo urbano, el real y el imaginado, daba forma a nuevas formas de habitar y transitar la ciudad.¹⁸ En 1829, la Asamblea Constituyente Legislativa definió que el tiempo de la Montevideo amurallada había terminado. En el periódico *El Universal* se expresaba el 25 de setiembre de 1829:

Ayer á las 12 del día, en virtud del decreto del gobierno que extractamos

en otra columna, se dió principio a la demolición de las murallas de esta capital por el portón de San Pedro. Al fin desaparecerá ese monumento que solo ofrecía a la imaginación recuerdos ominosos y que siendo una especie de dique que tenía como en represa el progreso la población de Montevideo, señalaba al mismo tiempo una cierta línea de división moral entre sus habitantes y los de la campaña.¹⁹

A partir de entonces comenzaría a crecer el viejo casco urbano y lo haría en el espacio que antes era conocido como el Campo de

Marte, zona que llegaba hasta lo que hoy es aproximadamente la calle Ejido. A partir de aquí se comenzará a hablar de una ciudad vieja y una ciudad nueva. Se definió comenzar la demolición de la muralla por el portón de San Pedro (actual calle Bartolomé Mitre) para luego hacer boquetes que coincidían con la desembocadura de seis calles (desde la actual Piedras a Buenos Aires) este hecho haría que ya nadie sufriera el cierre de portones y el dormir fuera de la ciudad.

18 Al respecto, véase el fascículo 7 de Andrés Azpiroz, Santiago Mederos y Jorge Sierra en esta misma colección.

19 Alfredo Castellanos, *Historia del desarrollo edilicio y urbanístico de Montevideo (1829-1914)*. Montevideo: Junta Departamental de Montevideo, Biblioteca José Artigas, 1971, p. 22.

Interior de la ciudadela, sin fecha, Colección Fotográfica.
Museo Histórico Nacional. MHN CF _C38_g6.



De ciudadela a mercado, un espacio de encuentro y desencuentro

Comprar lo necesario para la comida diaria implicaba atravesar las calles de la ciudad para abastecerse de hortalizas, carne, pescado. Al respecto, José María Fernández Saldaña narra, en el tomo II de la *Historia del viejo Montevideo*, que en horas de la mañana se podían hacer las compras en la vereda de la plaza Constitución, sobre la calle Sarandí «en puestos voladizos o extendidas por el suelo encima de lonas o mantas». ²⁰ La carne, en cambio, se despachaba directamente desde los carros que la traían de los mataderos de La Aguada, en el descampado frente a la antigua ciudadela y el pescado se vendía en la calle, «sin perjuicio de haber pescaderías de lo más sucias y malolientes». ²¹

En 1860, señala el mismo autor, se había denunciado que «se carneó públicamente una vaca en la calle Juncal entre Sarandí y Buenos Aires», ²² indicio de una práctica que para horror de los higienistas seguía siendo moneda corriente.

En aquella realidad en la que Montevideo aspiraba a crecer, se decidieron cambios que incidieron en el trajín diario de los vecinos. En este sentido, le llegó el turno de cambiar a la ciudadela. Lo que un día había sido un espacio defensivo que formaba parte de la construcción que marcaba un adentro y un afuera, por decisión del gobierno de Manuel Oribe, en 1836, se transformó en un mercado público. A partir de entonces, los habitantes tenían allí un espacio de encuentro:

considerando el Gobierno que la ejecución de esta medida dará la conveniencia de reunir en un solo punto todos los renglones de abasto para que el público pueda proveerse de lo que necesite y con las ventajas que proporciona la concurrencia de abastecedores. ²³

Aquel nuevo espacio entre lo urbano y lo rural, entre la ciudad y el campo, se fue transformando lentamente en un recinto en el cual la higiene, los olores y el orden no abundaban.

Aquella «colmena humana» —al decir de Fernández Saldaña—, repleta de nacionalidades, edades, colores y olores, contenía espacios para el comercio y zonas para la vida privada, ya que se alquilaban cuartos y, en muchos casos, estas áreas no guardaban el más mínimo contacto con la higiene.

20 José María Fernández Saldaña, *Historias del Viejo Montevideo*, tomo II. Montevideo: Arca, 1967, p. 32.

21 Ídem.

22 *Ibidem*, p. 37.

23 *El Universal*, n.º 1970, 13 de abril de 1836, p. 2, en <http://bibliotecadigital.bibna.gub.uy:8080/jspui/handle/123456789/145594>



Calle Sarandí y la pared vieja de Montevideo, Chute & Brooks (productores), Colección Fotográfica. MHN, Colección Chute y Brooks.

La antigua ciudadela ahora transformada en mercado poseía más de 100 cuartos de alquiler, más de 100 locales o puestos comerciales, cerca de 40 carnicerías, 288 puestos volantes, etcétera. La suma de todos los espacios llegaba al número de 696 locales arrendados para comercio o habitación.²⁴ Con el tiempo, la situación fue empeorando, ya que las construcciones

se deterioraron notoriamente y le daban la razón a las voces que se oponían a este emplazamiento como mercado público. La falta de higiene, el tránsito permanente de ratas, la suciedad y los olores permanecieron pese a las ordenanzas, reglamentos y multas que buscaban en vano ponerles freno, sobre todo frente a las oleadas de

fiebre amarilla y las tan temidas epidemias de cólera.

El mercado mantuvo estas funciones hasta 1869, para luego ser demolido en 1876 y 1877, durante la dictadura de Lorenzo Latorre. El lugar que ocupaba sería destinado para ensanche de la plaza Independencia.

24 Fernández Saldaña, o. cit., p. 36.

Th. Lamp. *Importación de artículos de bazar. Fotografías de todos los negocios y casas de comercio de alemanes y germanoparlantes en Montevideo del 1900.* Biblioteca Nacional Uruguay. Ubicación: 47997.



La feria como espacio compartido

Las ferias, presentes en la vida de las personas desde muchos siglos atrás, en su doble significado como mercado y como fiesta, como lugar de encuentro, un espacio compartido.

Durante la última parte del siglo XIX, una de las principales ferias de Montevideo se instalaba en su principal avenida, 18 de Julio:

Desde el arranque de la gran avenida hasta la boca-calle de Río Negro, se instalan los puestos á uno y otro lado, en mesas, en estantes, en el suelo, sin desperdiciar una pulgada de terreno, afanosos todos de colocarse lo más cerca posible de la plaza Independencia. Los que más madrugan consiguen los sitios de preferencia, mientras que los tardíos van

quedando rezagados á los extremos, disputándose los unos á los otros el derecho de ocupación de la que en gran parte depende el éxito de la venta. Cuando el sol despunta por el extremo de la calle, se encuentra ya con la feria instalada, llena de movimiento y de ruido, tratando cada vendedor de atraer la atención de los compradores con cornetas, músicas y pregones, realizando cada cual su mercancía.²⁵

Durante el siglo XX, las ferias mantuvieron esos rasgos distintivos y se han convertido en parte del ritual semanal para hacer las compras domésticas. La calle barrial se convierte en zona de mercado ofreciendo variedad de frutas y verduras al grito característico del feriante que promociona

los atributos de sus productos, sus ofertas y hasta consejos de cocina. Durante largas horas y a lo largo de la semana, los puestos se trasladan a sus lugares, despliegan sus toldos, acomodan los cajones desde tempranas horas para molestia de los vecinos sobre cuya cuadra recaen los tempraneros y prolongados sonidos de la feria.

La charla y el encuentro entre vecinos condujo al peculiar nombre del bolso en forma de malla conocido popularmente como *chismosa*, en su doble sentido: porque dejaba ver las compras, pero también porque eran testigos de informaciones barriales intercambiadas entre vecinos.

25 Sansón Carrasco, *Colección de artículos*. Biblioteca Autores Uruguayos, Montevideo: Barreiro y Ramos, 1884, p. 84.



Feria barrial en actual plaza
Soldados Orientales de San Martín
(Capurro-Bella Vista). 1953 Archivo
Nacional Imagen y la Palabra
(ANIP), SODRE. Índice General. Ferias
Municipales en los Barrios. Espacio 7.

Lo único permanente es el cambio

En la segunda parte del siglo XIX los cambios en la vida cotidiana eran muy notorios y estas variaciones despertaban esperables inquietudes. Por ejemplo, la iluminación a gas inaugurada en 1854 en la plaza Constitución fue celebrada y admirada, pero también denostada porque algunos consideraron esa novedad como causa de las epidemias de fiebre amarilla de 1857.

Como ha estudiado la historiadora Silvia Rodríguez Villamil, el mundo criollo tradicional y el moderno coexistían desde finales del siglo XIX. La autora desarrolla la complejidad del tránsito cultural entre un orden tradicional, criollo, y otro moderno, pautado por la racionalidad europea. Este cambio es complejo, abarca todos los planos y tiene ritmos muy diferentes, por lo que esos órdenes no son bloques homogéneos y

mutuamente excluyentes, sino que entre lo viejo y lo nuevo existen vasos comunicantes, caminos zigzagueantes, diálogos y nuevas producciones de sentido.²⁶ Esta mirada complejiza el proceso de cambio cultural, siempre caracterizado por la coexistencia de múltiples prácticas y representaciones de la realidad, sea por clase social, barrio, género, edad, educación, origen étnico-racial, entre tantas variables que inciden en el acceso y la interpretación que los sujetos hacen de esos procesos de cambio.

Uruguay había tenido un crecimiento poblacional intenso producto de una fuerte migración y de un modelo demográfico con muy altas tasas de natalidad. A comienzos del siglo XX, ya se observa un modelo demográfico en transición, proceso estudiado detalladamente por la historiadora

Raquel Pollero.²⁷ La presencia de migrantes de diverso origen fue un rasgo muy presente en la cultura cotidiana. Las fuertes oleadas migratorias del siglo XIX mantuvieron un ritmo un poco más lento en los albores del siglo siguiente, pero seguían con vigor. El historiador Juan Antonio Oddone señalaba que finalizada la Primera Guerra Mundial hubo otro empuje migratorio, caracterizado por sumar a la presencia italiana y española, la proveniente de Europa central. La segunda posguerra alimentó una de las últimas corrientes migratorias. Un cambio profundo se estaba gestando, el país receptor de migrantes se convertía en un país de emigración, sobre todo de jóvenes profesionales.

26 Silvia Rodríguez Villamil, *Escenas de la vida cotidiana*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2006, p. 31.

27 Raquel Pollero, *Historia demográfica de Montevideo y su campaña 1757-1860*. Montevideo: FCS, Universidad de la República, 2016. Véase también el fascículo 4 de esta colección, de Raquel Pollero y Wilson González Demuro.

Tranvía, 1868. Fotografía digitalizada en el taller Unión: Cuenta la ciudad desde tu barrio, proporcionada por Julio Izquierdo.



Olores y sabores

La vida cotidiana está repleta de la fuerte presencia de las diferentes expresiones étnicas, y la comida es un exponente muy fuerte de transformación según la marca de origen, como lo estudia Valentina Brena, por ejemplo, en el fascículo 9 de esta colección.

Imaginar la mezcla de olores impregnando el aire de las calles estrechas: las frituras de pescado con aceites españoles, las salsas para las pastas de los italianos y los asados con cuero, arremolinados más allá de los espesos muros, compitiendo con las pestilencias de las aguas servidas, emblemas todos de una ciudad que se derramaba de los espacios privados hacia los públicos y que se empeñaba en no

diferenciarlos demasiado, salvo en las sagradas horas de la siesta o las del descanso nocturno.²⁸

Nuevos sabores y rituales de cocina se fueron adquiriendo que incluso se utilizaban según los días de la semana, pero la calle, los sonidos y sobre todo el hablar mixturado también expresaban esta nueva realidad. En los comercios interactuaban diariamente almaceneros de origen gallego, verduleros napolitanos o judíos en sus tiendas, por mencionar algunos de los orígenes más frecuentes. Esta diversidad nunca estuvo exenta de conflictos, sobre todo en tiempos de crisis, cuando las personas migrantes

era percibidas como competidoras frente a la mano de obra criolla. Sin embargo, la cultura del recién llegado a nuestro país presenta rasgos asociados al esfuerzo, al trabajo y al ahorro. La austeridad, el consumo medido de la ropa, el estricto aprovechamiento de cada centésimo que se pudiera ahorrar formaban parte del esfuerzo que justificaba el cambio de continente, sobre todo en tiempos en los que la comunicación y el transporte eran escasos y caros.

Por su parte, el sistema educativo público abriría el camino para la integración de las siguientes generaciones.

José Dámaso García en su almacén ubicado en las calles Estero Bellaco e Ibirapitá, alrededor de 1930. Tamaño original de la copia: 18 x 13 cm. Fotografía sin datos de autoría. CdF, IM. Cuenta la ciudad desde tu barrio. Memorias de La Blanqueada (Archivo familiar Gervaz García).

«El almacén de la esquina, el puesto de verduras, la farmacia, la panadería, la zapatería, la “tiendita” [...] y otros comercios del barrio aportaron la ocasión y la escala precisa para que creciera una vida barrial que era tanto una prolongación de la vida familiar como preámbulo y ensayo de la vida ciudadana» (Daniela Bouret y Gustavo Remedi, *Escenas de la vida cotidiana. El nacimiento de la sociedad de masas (1910-1930)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental-CLAEH, 2006, p. 35.



²⁸ Sansón Carrasco, *Compilación de artículos, Ciudad vieja, Barrio del Alma*. Montevideo: Ediciones El Hacha, 2001, p. 217.

Mundo Uruguayo

ILUSTRACIÓN SEMANAL

CON LIBERTAD NI OFENDO NI TEMO

Año I • Núm. 19

Montevideo, 14 de Mayo de 1919

5 cents. el ejemplar

El tiraje del número anterior fue de 22.332 ejemplares.



Día de lluvia en Montevideo

Día de lluvia en Montevideo. Tapa de la revista *Mundo Uruguayo*, año 1, n.º 19, 14 de mayo de 1919, p. 1.

Mundo Uruguayo se publicó desde 1919, y, durante décadas, cada viernes. No fue la única revista de esos tiempos, pero sí adquirió gran popularidad. De precio accesible, ofrecía notas sobre temas de actualidad, del acontecer de la semana y ponía al alcance de un vasto público narraciones de importantes escritores.

El barrio, entre el espacio doméstico y la gran ciudad

En la actividad de fraccionamiento y venta de lotes que conformaron los barrios se distinguió la labor de rematadores, comerciantes y publicistas, que alentaban la venta y ofrecían el sueño de hacerse propietarios. Para trabajadores de escasos recursos y, sobre todo para migrantes, fue una de las posibilidades de acceso a la *casa propia*, con la estabilidad y mejora en la calidad de vida que ello podría significar.

La vivienda constituye un tema central para todas las personas y de su solución dependen muchas otras dimensiones de la vida, como la posibilidad de iniciar un nuevo hogar independiente de los padres o gastar más o menos tiempo para llegar al trabajo o a los estudios. Las soluciones habitacionales han variado mucho a lo largo de la historia. Los conventillos en zonas céntricas absorbieron la necesidad de sectores sociales sin recursos y migrantes que llegaban con el sueño del progreso y el ascenso social, así

como era una fuente de ganancia para el propietario de esos bienes. El tema de los alquileres como problema ha sido siempre un elemento de controversias en tanto confronta las necesidades del inquilino con la del propietario que quiere asegurarse una renta.

Rodríguez Villamil ha estudiado la coexistencia de la zona central de Montevideo y la periférica de finales del siglo XIX y comienzos del XX. La primera abarcaba la ciudad fundacional, centro financiero, puerto, centro cultural con sus plazas, la sede de Gobierno, la elegante calle Sarandí y también la zona portuaria, así como la zona del Bajo, el arrabal de *la mala vida*. Todo convivía en poco espacio. Luego, se sumaría lo que sería la Ciudad Nueva, hasta la actual calle Ejido. Por fuera de ese centro, crecieron zonas de esparcimiento para los sectores altos de la sociedad: el Prado, el Pueblo de los Pocitos, Villa Cosmópolis, el Pueblo Victoria o Capurro, los que se desarrollaban en las afueras de la ciudad.

En 1908, solo el 30 % vivía en el área central de la ciudad y el restante 70 %, en las zonas periféricas de la ciudad. Señala Rodríguez Villamil la precariedad de esas zonas en cuanto a servicios básicos como saneamiento, agua y luz y transporte.

Durante los primeros años del país independiente se estableció que las industrias debían instalarse fuera del recinto urbano por considerarse nocivas para la salud. Aquellas que abastecían a la ciudad se localizaron en La Aguada, Maroñas, la Unión, Nuevo París o en las márgenes del arroyo Pantanoso. Molinos, aserraderos, fideos preferían La Aguada, la industria de alimentos, galletitas, chocolates, licores, cerveza, solían afincarse en el Reducto. Las zonas de Arroyo Seco, Bella Vista, Paso Molino y Pueblo Victoria se asociaban a la industria lanera, a curtiembres y a tejedurías; en la zona del Cerro, saladeros y frigoríficos, y Peñarol se desarrolló en torno al Ferrocarril Central:

Todo el barrio construido por los ingleses fue dotado de una red de saneamiento y distribución de agua potable [...] Entre 1891 y 1910 la empresa del Central Uruguay Railway –llamada popularmente Ferro Carril Central– construyó la estación de tren, un centro de esparcimiento y aprendizajes de oficios (el Centro Artesano), un almacén y una sala de teatro y cine con capacidad para 400 espectadores.²⁹

Estación Reducto

Olor a pic-nic
Sensación de feria.
Público indeciso.
Gentes que miran la hora en los números de los tranvías.
Fotógrafos ambulantes.
Cansancio de vagones.
Empedrado arisco.
Veredas sucias.
Relojes lentos.
Cuesta.
Muchachas ingenuas que leen «Tit-Bits».

(Poema de 1927 de Alfredo Mario Ferreiro, en *El hombre que se comió un autobús*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2009, p. 29).

29 José Rilla y Manuel Esmoris (coordinación general), *Barrio Peñarol. Patrimonio industrial ferroviario*. Montevideo: IMM, 2008, p. 56.

Feria Vecinal, 1998. Fotografía de Jorge Ameal.

Centro de Fotografía (CdF), Intendencia de Montevideo (IM). Foto 98-528_27 FPJA.

Ir a la feria ha sido y sigue siendo un lugar de compras, pero sobre todo de encuentro semanal entre vecinos. Algunas de ellas han permanecido en el mismo lugar mucho tiempo pese a que siempre se procura su rotación. Ir a la feria sigue siendo un ritual para buena parte de la población como espacio de consumo, donde se buscan precios y calidad entre la variedad de ofertas, pero también se va al encuentro del feriante, que promociona sus artículos y pregona sus ofertas.



El barrio, la primera patria

El barrio, más que una unidad territorial delimitada administrativamente, es una experiencia social, una práctica cultural, espacios vividos que adquieren significado para sus habitantes en su transcurrir cotidiano. En una crónica sobre la vivencia de su barrio, el escritor Enrique Piñeyro rememora

el cariño por ese paisaje inmediato y menor [...] todo lo cual se constituye en un mundo pequeño, pero que es el nuestro y el primero que integramos a nuestra visión».³⁰

A medida que la ciudad crece y la población se hace anónima, esta vivencia de cercanía que ofrecía seguridad y reconocimiento a sus habitantes como vecinos con quienes participa de las mismas formas de hacer (el acceso al transporte; la escuela; las compras en el mismo almacén, panadería, carnicería, la interacción en las ferias y mercados barriales, juegos, deportes, clubes sociales, fiestas, tablados son parte de una lista

que en realidad se hace interminable) se irá transformando. En la realidad barrial, muchas veces el muro de una casa, una esquina eran el lugar elegido como encuentro de adolescentes y jóvenes que compartían sus encuentros; los portones se convertían en improvisados arcos de fútbol y las calles en bajada eran las pistas adecuadas para probar *la chata*, ese vehículo casero que llevaba horas de construcción después de una cuidadosa recolección de sus insumos. Niños y niñas jugaban cotidianamente en la calle durante las horas de luz. Se convivía entre vecinos de orígenes muy diferentes y se aprendía de tradiciones culturales, culinarias, lenguajes, expresiones y hasta insultos de diverso origen. En una misma cuadra de un barrio popular de Montevideo era posible encontrar familias de origen español, italiano, armenio, polaco, húngaro, cuyos niños y niñas jugaban e iban juntos a la escuela pública.

Cada barrio presenta sus rasgos distintivos adquiridos a lo largo de su historia y sus modos de habitarla; los vecinos saben cómo transitarlo durante las inclemencias del tiempo, conocen qué calles se inundan y dónde golpea el sol con más furia durante el largo verano.

Dentro de cada barrio, también hay formas espontáneas de relacionamiento por proximidad. De ese modo, la cuadra, la vereda y la calle donde se residía podían tener sus rasgos propios que la hacían incluso inconfundible para sus habitantes. Los vecinos tenían sus preferencias por sus almacenes de barrio (sobre todo si estos anotaban en una libreta para pagar a fin de mes), así como la carnicería o los puestos para comprar diarios y revistas.

³⁰ Enrique Piñeyro, *Crónica de Pocitos*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2003, p. 5.

Comunicarse

El teléfono o la radio, y, más adelante, la televisión, estuvieron presentes en esa convivencia cotidiana. El acceso a una línea telefónica llevaba años de espera. Quien lo lograba adquiría implícitamente la función de auxiliar a sus vecinos en caso de emergencia, tanto para recibir como para hacer llamadas. Razones técnicas limitaban la rápida respuesta. «No hay borne» era la respuesta de las autoridades ante la solicitud de una línea telefónica, y significaba que no había disponibilidad de conexión porque los bornes estaban todos ocupados y se necesitaba aumentar su cantidad.

La radio, sobre todo desde 1930, cuando se extendió la venta a plazos de radios domésticas, se colocaba en las ventanas hacia la calle en determinadas circunstancias. Se compartía el tanpreciado objeto y la vez se lo ostentaba como signo de progreso. Más adelante, en la década de 1960, fueron las

antenas de televisión en los techos de las casas las que delataban la existencia de los medios de comunicación que crecía sin cesar. El hogar, nuevamente invadido por niños y niñas reunidos para ver la serie preferida.

Con los medios de comunicación en interacción permanente, la vida doméstica se extendía hacia las veredas. En los barrios populares, el tiempo compartido, sobre todo en verano (con las sillas nucleando a los vecinos), lo que se escuchaba en la radio o se veía en televisión pasaba a ser tema de conversación. A su vez, desde 1960, era frecuente sacar la silla a la vereda para poner el televisor como fondo visual y auditivo cotidiano.

Cada zona de Montevideo tuvo su momento de gloria, lo cual implicaba que hubiera comercios de cercanía en el barrio: tiendas de ropa, de calzado, farmacias,

peluquerías, ferreterías, vacunatorios, bibliotecas públicas, cines, bares y cafés. Y si los servicios quedaban algo alejados, existían hasta muy entrado el siglo xx los vendedores ambulantes para proveer de fruta y verdura, de leche o del diario en días y horarios fijos en inmutables.

Desde temprano —recuerda un cronista—, el barrio se poblaba de pregones. No había ya faroleros, aguateros ni negras pasteleras, pero sí una pléyade de personajes pintorescos que vendían, compraban y ofrecían servicios diversos. Criollos o gringos eran —por lo general— modestos trabajadores independientes que ganaban su pan (con mayor o menor suerte) como comerciantes, productores o artesanos ambulantes. [...] El tiempo iba estereotipando la acentuación, el alargamiento o la supresión de las sílabas, el ritmo, el tono y la «musicalidad» de cada pregón. La costumbre permitía reconocerlos aunque algunos —para un oído no entrenado— hubieran sido ininteligibles.³¹

31 Ramón Carlos Negro, *Pocitos era así*. Montevideo: Arca, 1995, p. 132.



Ruidos o pregones alertaban sobre la reconocible presencia del lechero, del recolector de residuos, del afilador y del heladero durante el verano. Es que los ruidos y olores forman parte de la vida cotidiana que en esencia es rutina, pero además cumplen la función de hacer previsible el acontecer de todos los días.

Una familia de clase media baja podía comprar sin demasiada zozobra para su bolsillo hasta dos diarios por día, en general uno en la mañana y otro en la tarde-noche. El diariero recorría la ciudad y llegaba a todos los barrios para alentar la compra, destacando las noticias que atraían a su público. El periódico, la radio, la televisión

y el amplio y variado espectro de revistas a la vez se convertían en eje central de las conversaciones. Lo acontecido, formaba parte de las conversaciones cotidianas o despertaba los encendidos debates que se propagaban en las casas, en las calles o en los bares.



Página contigua, arriba: «Lo inexorable», por Jess.

Página contigua, abajo: «Tipos típicos», por Machado, en *Peloduro*, año 1, 3.ª época, n.º 5, 30 de enero de 1964, p. 7.

«Todo tiempo pasado fue mejor» parece ser la máxima cuando cada generación se refiere a su música, sus bailes o sus formas de entretenimiento. Los medios de comunicación, como la prensa, la radio y la televisión vertebraron la vida cotidiana del siglo XX. Toda una cultura se ha creado en torno a ellos.

Laica, gratuita y obligatoria

La vida en el barrio transcurre con naturalidad, no necesita grandes traslados y, por encima de todo, es el terreno de lo predecible y reconocible. La escuela pública del barrio nuclea a niños y niñas que van y vienen juntos en los estrictos horarios dedicados a ellos. Según los contextos y la edad de los escolares, un vecino o una vecina podía acompañar a sus hijos y a toda la prole que se sumaba a su paso. Cuando el transporte se hacía imprescindible, se accedía a él sin costo como corolario indispensable de la gratuidad de la enseñanza pública. Para ellos, los horarios y, sobre todo la túnica y la moña eran indispensables. Si bien el empleo de la moña escolar se usaba desde hacía décadas, tenían algunas variaciones entre sí. A partir de 1950, se uniformizó su color y diseño para facilitar el control al subir al ómnibus.

La escuela estaba asociada a los barrios y la construcción de establecimientos aumentaba a la par que la población se extendía por diferentes zonas de la ciudad. Ocupó un lugar importante como factor de integración de los migrantes y como lugar de interacción social entre clases sociales diferentes que convivían en un mismo espacio. Las diferencias existían, pero la túnica y la moña emparejaban, integraban, por lo menos durante buena parte del siglo xx. La enseñanza media tuvo una extensión importante a partir de la creación del Consejo de Enseñanza Secundaria (después llamado Educación) en 1935. El crecimiento se dio en forma sostenida con una creciente inserción de mujeres al sistema. Solo en Montevideo, la matriculación de estudiantes en el período 1942-1945 alcanzó

a 47.968, para duplicarse en apenas una década (96.710 entre 1951 y 1955). La cifra asciende a 179.077 en el tramo 1961-1965, encendiendo las primeras luces de alerta de lo que ya se consideraba una masificación que requería un aumento presupuestal adecuado al nuevo contexto que requería más docentes y más locales. De la misma manera, la enseñanza técnica y profesional creció durante la segunda mitad del siglo xx, ampliando la oferta técnica y tecnológica y los ciclos formativos.

Durante el siglo xx, el prestigio social de la educación como motor de crecimiento y ascenso social justificaba el esfuerzo de los asalariados de menores ingresos para que sus hijos pudieran acceder al sistema público de educación media.

Fotografía tomada en el marco de un reportaje de *El Popular* por el reclamo de mayor presupuesto para la educación, avenidas 8 de Octubre y Dámaso Antonio Larrañaga, 15 de marzo de 1965.
Fotógrafos del diario *El Popular* / CdF, IM. Foto 0145-20_25-24FPEP.

Con amplia cobertura, la educación primaria cumplía su función educativa específica y también representaba un modelo de integración. En la década de 1950, constituía el mayor símbolo del país en crecimiento que ostentaba muy buen desempeño en materia de alfabetización. El maestro, los profesores de liceo y la educación técnica alcanzaron un alto grado de prestigio y valoración social.





Pelo corto y maxifalda, en *El Diario*, 7 de abril de 1970, p. 14. Tomada de Marcos Rey, «Pánico moral en el Uruguay autoritario: juventudes, sexualidades y géneros estigmatizados», en Magdalena Broquetas (coordinadora), *Historia visual del anticomunismo en Uruguay (1947-1985)*. Montevideo: FHCE, Universidad de la República, 2021, p. 114.

El crecimiento de la matrícula de educación media era sostenido. Los liceos se convertían en una posibilidad de acceso para todos, incluidos los trabajadores que, ahora podían comenzar o completar sus estudios durante el turno nocturno. En la década de 1960, el reclamo por el boleto estudiantil aunque no era nuevo, alcanzó altos niveles de movilización y desencadenó olas de represión que alteraron los cursos regulares. La movilización y la cultura de los años sesenta que tenía como motor a la juventud recrudecía las tendencias que denostaban tanto sus reclamos como las nuevas formas de expresión y vestimenta. Una nueva cultura, rupturista era vista por las autoridades educativas como una amenaza al orden instituido. La «sugerencia» en el modo de vestir se convirtió en una norma permanente durante la dictadura civil-militar al regular en detalle el uniforme, el largo de las polleras de uniforme en las mujeres (había fechas fijas, solo en invierno, para el uso de pantalones acordes al uniforme) y el largo de pelo en los varones. El vaquero de tela jean, o el corte vaquero, no tenía lugar en el esquema autoritario para nadie.

El crecimiento explosivo de secundaria hizo posible la gran expansión estudiantil universitaria y el crecimiento del movimiento estudiantil, la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU, fundada en 1929), que ocupó un lugar destacado en la lucha por la Ley Orgánica de la Universidad de la República en 1958.

Los microcosmos de los tiempos libres

El barrio fue el núcleo básico para el uso del tiempo libre y como espacio de esparcimiento de proximidad. Los bares, a menudo bares y almacenes, fueron espacios de encuentro, sobre todo de los varones del barrio que acudían a tomar su copa junto a los otros *habitués*. Acodados al mostrador, los contertulios pasaban horas hablando de todo un poco y si los temas más álgidos dividían aguas, se imponía la norma del «aquí no se habla de política, de fútbol o religión», convertida en una sentencia de administración vernácula de la laicidad aplicable a quienes alteraban la armonía. Diferente era la situación de otros espacios, como el céntrico Café Sorocabana, convertidos en cenáculos de intelectuales dedicados a debatir, exponer sus conocimientos y expresar su visión del mundo.

Para la mayor parte de la población, los domingos eran días de paseo familiar o barrial. Durante el verano, las playas de Montevideo concentraban la mayor atención.

Se iba a ella con largos preparativos previos, comida para una larga estadía, termo y mate, sombrilla y bolsos para la ropa. Como se leía en la prensa, se producían verdaderos éxodos hacia el mar. La conquista de la playa no solo requirió las condiciones materiales para hacer posible los traslados, sino también el saber médico que habilitaba las condiciones o las restricciones para los baños de mar. Durante los años treinta, algunos médicos recomendaban que se purgara a los niños con aceite de ricino al comienzo de cada temporada. Hubo que conquistar también el rol benéfico del sol y más importante aún, mostrar el cuerpo. El uso del traje de baño y de telas cómodas para la permanencia en la arena y el agua se extendió en la segunda mitad del siglo XX.

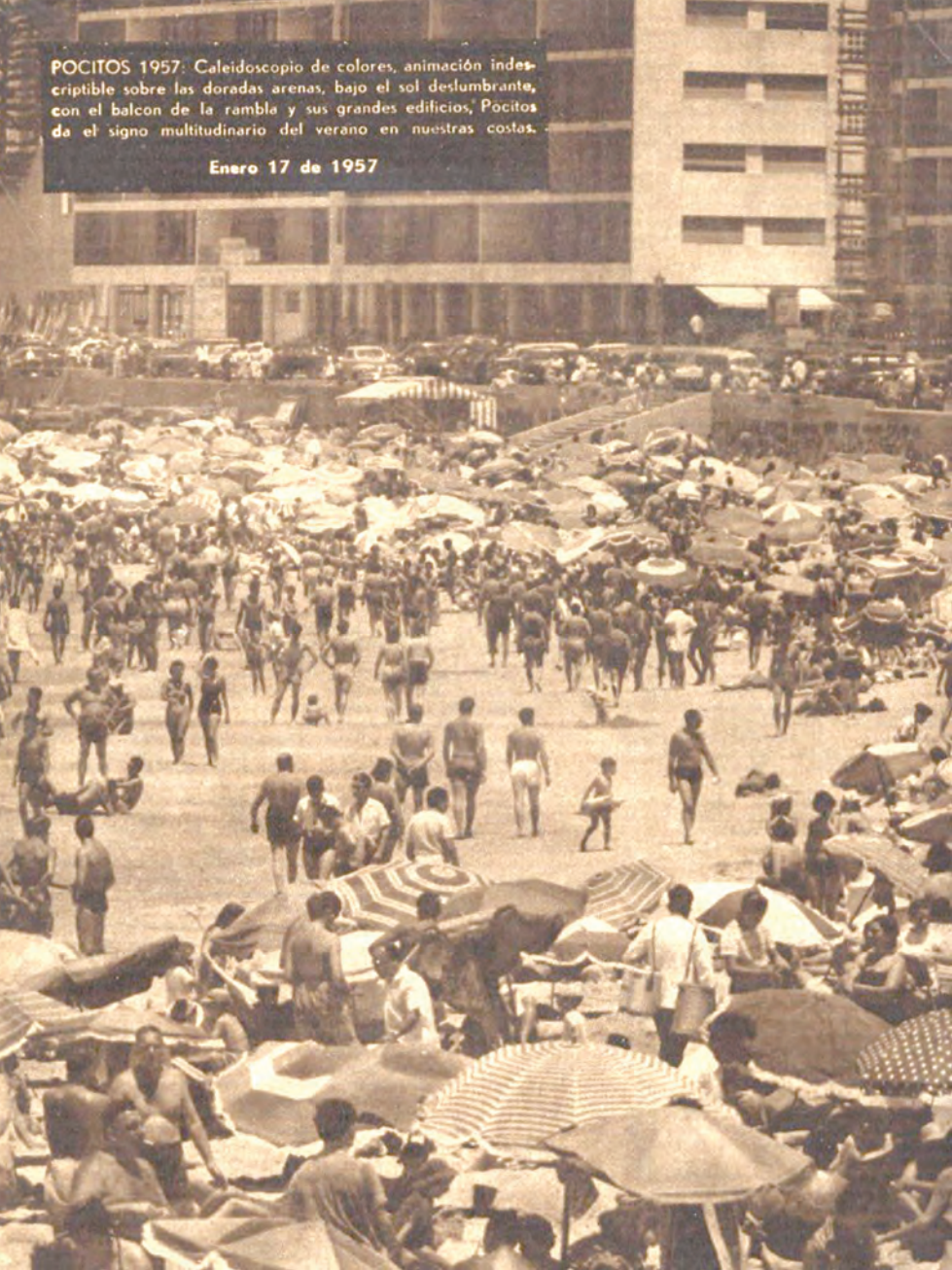
El entretenimiento cotidiano encontró en los medios de comunicación unos de sus principales aliados. Desde la década de 1940, la práctica de ir al cine y la

cantidad de salas, crecían sin cesar. En 1955, solo en Montevideo había 102 cines comerciales, de los cuales 25 se encontraban en el circuito principal, en el centro de la ciudad; 14, en el Cordón, y 63, en el resto de la ciudad.

La actividad de los cines barriales fue inmensa. La calidad de la sala y su arquitectura era de gran calidad lo que revelaba el lugar asignado para ir a ver películas. Con relación a su población, Montevideo tiene un récord de cantidad de salas de cine y la mayor cantidad de consumidores de todo el continente. Pero, como práctica cultural no era lo mismo ir al cine de barrio que a los circuitos céntricos. Las grandes salas distribuidas a lo largo de la avenida 18 de Julio, conformaban el eje de las salas de estreno. Ir al cine del centro requería un preparativo, un código de vestimenta y rígidas normas de comportamiento dentro y fuera de la sala. El cine de barrio cumplía otras funciones y el tipo de películas eran

POCITOS 1957: Caleidoscopio de colores, animación indescriptible sobre las doradas arenas, bajo el sol deslumbrante, con el balcon de la rambla y sus grandes edificios, Pocitos da el signo multitudinario del verano en nuestras costas.

Enero 17 de 1957



La playa en la ciudad, en *Mundo Uruguayo*, 17 de enero de 1957, tapa.

En la imagen de Pocitos de 1957, se observan las multitudes en las playas. Los trajes de baño estaban cambiando en su practicidad y mostraban cada vez más los cuerpos. De fondo, los edificios que crecían sin cesar en esa zona, sobre todo después de la ley de propiedad horizontal.

diferentes porque solían mezclar un éxito de clase A junto a varias películas de clase B, hechas con muy bajo presupuesto. El éxito de estas salas no residía tanto en la calidad del filme sino en la acción colectiva de ir al cine, compartida en grupos de amigos y amigas. La memoria colectiva rememora siempre las prolongadas funciones de varias películas que se proyectaban una tras otra. Se suele evocar con emoción los gestos, las risas, las bromas, los bailes en los pasillos cuando la película lo admitía, lo que se comía, pero muy poco o nada de la película en sí. En la década del sesenta

se extendió la práctica de las matinée alentada por los bonos que se repartían a la salida de las escuelas. Por precios accesibles, se podía pasar la tarde entera y hasta ver la misma película varias veces. En las inmediaciones de los cines de barrio, solían crecer las panaderías que ofrecían los insu- mos para comer en los intermedios o dentro de sala.

En las últimas décadas, la mayoría de estas construcciones se han convertido en espacios de estacionamiento, en supermercados o en iglesias. El circuito de cine se ha trasladado a salas de

cine concentradas en un mismo espacio, pero la experiencia barrial perdura en la memoria colectiva.

Las tendencias más recientes han cambiado las formas de relacionarnos con los medios de comunicación. Las pantallas y las plataformas de *streaming* han cambiado las formas de experimentar lo que leemos, vemos o escuchamos. Aquellos medios de comunicación típicos del siglo XX han dado lugar a nuevas formas de prácticas culturales y formas de sociabilidad que conforman las redes sociales.



Escuchando las bolillas en el globo

volver a una vida enferma en el Hospital, o a la vida de una familia de esas tantas y tantas combinadas a o y apiladamente, con la Lotería. Como se hubiera y como se administrara, la obtención de una vida sería una cuestión felicísima para la muchacha. Y por eso, por tratarse de un caso excepcional al autor de la carta, pide al Director que haga salir la agraciada en un número que termine en 21, terminación 24 y 2 que la pobre niña pueda todas las noches.



Ante el número de la "grande" en la plaza que se coloca ante el público

Ante tal situación en materia literaria, uno no sabe cómo considerarla, si con simpatía y con el correspondiente interés que inspiran las cosas inferiores.



Los "camareros de la suerte": José y Carlos Drexlery y Gregorio Gilman

He aquí, pues, la explicación de esta... la que, lamentablemente, perteneciente al género necesario de una... y la Lotería Nacional de Beneficencia.

La operación inicial la consistía en la selección de las bolillas de los números. Esta la efectuaban el Encargado Interino y el Encargado que se ocupaba de la selección de todas las bolillas, colocadas en tubos de paja que facilitan y simplifican la tarea. En seguida, los muchachos encargados de la... se retiraban convenientemente.

para volver las bolillas en pedruzcos sobre de madera. Dado lo orden, y con la lista de sus resultados, las manos empiezan a trabajar rápidamente. Así, las bolillas se van tirando, y en un 10 y venir siempre muchas bolillas y otras muchas hacen lugar a las del momento que sólo las bolillas en el globo. Habían proporcionado en su lugar con las bolillas correspondientes a las premios, sólo cuando había un objeto de una persona más deseada que el de los demás, se retiraban, y se tiraban de la fortuna, pues de allí, salía una tarde, el valor de los números ganados. Y llegamos, al momento en que los globos se movían, se movían y comenzaban a girar, girar hacia la hora en que se efectuó la extracción. A las 12 se cerró los globos se dejaron para dejar caer una bolilla cada uno. Desde esa a manera de hacer que anuncia, finalmente los números ganados.

Una parte del público en la plaza



Los números escogidos de la extracción en pago para 1925 (1924) - Momento antes de retirar la carta

En la cultura rioplatense, la timba ocupó un lugar importante y fue objeto y tema de tangos, sainetes y del cine. La suerte tenía otra cara, la desgracia de perder y la condena moral del ludópata que desnudaban la ambivalencia de un Estado y una sociedad promotora del juego porque genera ingresos, pero a la vez lo condena socialmente. Clandestina o legal, la quinela y el gordo de fin de año formaron parte de la cultura uruguaya. Durante la semana, con la confianza que generaban la cercanía y el conocimiento directo, era común acudir al quinero, que recogía las apuestas de la cuadra anotándolas en una libreta. La suerte pagaba un poco más en el clandestino.

Toda una cultura alrededor de los números. Las cábalas expresaban los anhelos de obtener unos pesos más al mes gracias a las fechas de cumpleaños, edades, acontecimientos o sueños que tenían su correspondencia con números. A la hora de la siesta, muchas estaciones de radio transmitían con entusiasmo y mucho rigor los resultados oficiales en vivo. Como con los relatos deportivos, el suspenso, la emoción y la vivencia, lo proporcionaba el esmerado relator cuya voz se volvía imprescindible, reconocible y, cual peluquero, había que serle fiel para que la cábala surtiera efecto. Aunque la canción remite a la escucha del relato de fútbol aplica aquí lo expresado por Tabaré Cardozo en su canción *El tipo de la radio*: «Cruza los muros de la razón / Detiene el tiempo y la amargura / Como una luz, lejana es esa voz / Que hace soñar a mi país».

El gordo de fin de año era la super estrella, porque esta sí traía la promesa de ascenso social. En el barrio, se compraba un entero y se pagaba entre vecinos. Los festejos eran públicos, acordes al logro alcanzado. Esa noche, alguien festejaba y otros lloraban la proximidad de una suerte que, otra vez, les resultaba esquiva.

El deporte como ámbito de interacción barrial

Las canchas de fútbol, los clubes de básquetbol, así como las plazas de deportes, nucleaban a la mayor parte de las referencias barriales. La disputa en el campo de juego se trasladaba al éxito o al fracaso del barrio. Como los certámenes de los tablados barriales, o las competencias promovidas por la radio que recorrían la ciudad, el deporte provocaba un *nosotros* que confrontaba siempre con sus vecinos más próximos: Aguada-Goes o Barrio Sur-Palermo, por tomar dos ejemplos. Los clubes deportivos siguen siendo referentes destacados para la sociedad incluso para aquellos que ya no viven en la zona de origen.

En 1930 se inauguró el monumental estadio Centenario, capaz de albergar hasta a 75.000 personas, una cifra muy alta de espectadores. Desde la década de 1930, puede observarse desde la documentación departamental el aumento de permisos para formalizar espacios nacidos como *campitos espontáneos a canchas de fútbol*.

Pasada la euforia del primer mundial, el enorme estadio Centenario tardó en ser usado para partidos locales. En las crónicas de la prensa puede leerse la resistencia del público y los jugadores por la distancia que imponía un campo de juego que, salvo excepciones,

presentaba tribunas semi vacías y una hinchada separada y alejada de los fanáticos. Limitaba las formas habituales de expresarse en el campo de juego que iban desde insultos hasta tomar al golero de la camiseta para que no pudiera atajar. En las canchas barriales, los clubes solían contratar boxeadores para controlar a la hinchada adversaria, cuidar al guardameta o lograr recuperar la pelota que se solía robar cuando se iba fuera de cancha. Sin embargo, la comodidad del Centenario y su amplitud favorecieron la participación de las mujeres, quienes, como muestran las fotos, alentaban a su equipo preferido.

Moverse en la ciudad

La necesidad de traslado se hacía más imperante a medida que crecía su población y se extendía hacia el norte y el este de la ciudad. El tranvía a caballo y luego el eléctrico fueron medios de transporte colectivo que conectaban solo algunos puntos de la ciudad. La extensión progresiva hacia zonas como Pocitos o Capurro que estaban por fuera del eje principal, por ejemplo, alentó el uso popular de plazas y playas. Las nuevas líneas de transporte crearon nuevos usuarios y, sobre todo, nuevas posibilidades de uso del tiempo libre en espacios que cobraban vigor. La concepción de balneario con hotel, playa y parque, como ofrecía Ramírez, atrajo multitudes además de turistas, en su mayoría argentinos. Las fotos, las tapas de revistas y las crónicas mostraban a los habitantes de la ciudad como partícipes del recorrido por la ciudad, pasear por ella y disfrutar los crecientes espacios al aire libre. En un domingo cualquiera, si

había buen tiempo, prácticamente no quedaban espacios vacíos en los grandes parques. Las crónicas narran las multitudes que bajaban de los tranvías. En ese contexto, la prensa formaba parte de ese circuito que alentaba a transitar y usar el tiempo libre. Pero las multitudes también despertaron malestar ante lo que se consideraba una «confusión de clases» ante la avalancha que Ramírez y Pocitos habían recibido a través del tranvía. Carrasco, fue creado en el extremo este del departamento, alejado, como balneario aristocrático, centro de cabalgatas y al que se iba como balneario, no como vivienda permanente. El Prado, al que solo se accedía con transporte propio, procuraba mantenerse por fuera de ese hacinamiento que crecía sin cesar en la costa sur.

La temporada de verano alteraba el ritmo habitual de los habitantes de una ciudad y de algunos barrios, que tienen una generosa

franja costera que durante el día alentaba el uso de la playa y por las noches, las fiestas que se prolongaban hasta altas horas de la madrugada.

Se acabó el verano y ya se fueron los veraneantes. Hemos quedado tan solo los del pueblo (¡Cómo me gusta decir esto!).³²

Medidas del Gobierno departamental limitaban el tránsito automotor por la rambla de Pocitos entre las 17 horas y las 1 de la madrugada. A la vez, entre el 1.º de diciembre y el 31 de marzo se ampliaban las frecuencias y se extendían más líneas. Los bailes estaban autorizados todos los días hasta las 5 de la mañana.

En 1935 se autorizó el trayecto desde el Palacio Legislativo hasta las playas de Malvín y Buceo por Propios y se extendió la línea F hasta la playa Capurro para acercar a habitantes de Melilla, Lezica,

32 Guillermo García Moyano, *Pueblo de los Pocitos*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1979, p. 42.



«La mujer en el deporte mecánico», en *Revista Actualidades*, año 1, n.º 19, 17 de diciembre de 1924, número especial dedicado al automóvil.

Colón, Sayago, Peñarol, Paso de las Duranas.

Las tempranas líneas de tranvía que unían el parque Capurro con su playa, zona de canotaje, pistas de patinaje, canchas de tenis, parque con una hermosa glorieta

y hermosas vistas, hicieron de este espacio un lugar privilegiado de esparcimiento. Fue creado a instancias de la compañía de transporte La Transatlántica. El temporal de 1923 destruyó buena parte de sus instalaciones de baños, pero el cambio trascendental

se operó con el crecimiento industrial de la zona, la instalación de la refinería de ANCAP. A su vez, el trazado y conexión de la zona con los accesos a las rutas nacionales cambió de forma definitiva el uso de ese espacio recientemente revitalizado.

ESCENAS DIVERSAS TOMADAS DURANTE EL TEMPORAL



El guarda Luis Beron y su familia que se vieron obligados a abandonar su choza por que se le inundaba

Moterosmas y guardas armados para pasar la noche en uno de los vagones del tranvia eléctrico detenido en las calles de la ciudad por el temporal



Interior de una pieza en la casa situada en la calle 25 de Mayo e Ingeniero Monteverde, invadida por las aguas

Escapando de la inundación, llevando lo más indispensable, en una de las casas de la zona sur de la ciudad



Familia que escapó milagrosamente de ser víctima del derrumbe de la fundición ubicada en la calle Aurora

Otro grupo de habitantes de la calle 25 de Mayo y Washington, desahogado por la inundación



En el conventillo de la calle Durazno y Ciudadela, después del derrumbe. Buscando menaje de cocina entre los escombros

Otro aspecto del mismo conventillo. Comedidos ayudando a recoger lo que no fué destruido por el derrumbe

Escenas de un temporal, *Mundo Uruguayo*, 19 de julio de 1923.

El martes 10 de julio de 1923, a media mañana, sobre las 10.45, un terrible temporal azotó la ciudad de Montevideo, con vientos que alcanzaron velocidades, según la prensa, de entre 150 y 192 km/hora. Conventillos y casas precarias fueron seriamente dañadas.

La imagen de *Mundo Uruguayo* registra el conventillo de la calle Durazno y Ciudadela después de su derrumbe total, mientras los vecinos buscaban recuperar algunos objetos. Los paseos de la costa, por ejemplo en la playa Ramírez, en Pocitos y en Capurro, quedaron severamente dañados.

Los cambios que duelen

Hay transformaciones que duelen por más que los cambios impliquen mejoras. Y es que la vida de barrio, en muchas ocasiones, establece un vínculo importante en la identificación con un espacio. Por esta razón, Víctor Soliño y Ramón Collazo le pusieron música y letra en 1930 a un pedazo de la historia montevideana con *Adiós mi barrio*. Sus versos son reflejo de un sentir

de un grupo de vecinos que sufría frente al cambio de su mundo conocido: «Viejo barrio que te vas, / te doy mi último adiós, / ya no te veré más...».

A través de esta letra, la Troupe Ateniense le mostraba a Montevideo su dolor por una zona que desaparecía frente a la piqueta fatal del progreso.

El temporal de julio de 1923 le había mostrado a Montevideo algunas de sus fragilidades y a su vez, había funcionado como excusa perfecta para transformar una parte de la capital que era conocida como El Bajo. El crecimiento capitalino indicó que era momento de construir un nuevo tramo de la rambla costera.

Retiro de cartel del Cine Trocadero, en la esquina de la calle Yaguarón y la avenida 18 de Julio, 2002. Fotografía de Jorge Ameal / CdF, IM. Foto 02-013_02FPJA .

La avenida 18 de Julio estuvo jalonada por grandes y lujosas salas de cine. Durante su apogeo en las décadas de 1940 y 1950, estas salas con confortables asientos pullman, se colmaban de públicos para ver a los actores preferidos y los éxitos del llamado cine comercial. Los jueves eran los días de funciones más baratas muy frecuentadas por las empleadas domésticas que contaban con esa tarde libre. El cierre definitivo del cine Trocadero en 2002 simboliza el fin de una época que había empezado a declinar desde antes. Nuevas formas de ver cine fueron ganando progresivamente espacio en otro tipo de salas, más pequeñas. Las modernas, con la tendencia a la concentración en un conjunto de salas siguen congregando público.



Una Montevideo que no para de crecer

El aumento del parque automotor permitió recorrer zonas hasta entonces poco frecuentadas. Los bailes y las fiestas en el parque Miramar, los paseos por el parque Rivera son algunos de esos ejemplos. Desde que llegó el primer auto en 1904, el parque automotriz siguió creciendo. Además de una comodidad, era también el sueño del prestigio que su posesión implicaba en los sectores medios en expansión. Entre 1946 y 1951 el empadronamiento de autos se duplicó en gran medida alentado por el crecimiento económico y social y debido al cambio en la forma de conducir que pasa de circular por la izquierda a circular por la derecha. La prensa recoge los problemas de circulación generados por la sobreabundancia de autos a la vez que se elaboran diagnósticos para mejorarla y la normativa recomienda crear estacionamientos en los edificios que se construyan.

El 2 de setiembre de 1945, a las 2 de la madrugada, comenzó la obligatoriedad de circular por la derecha. Precedida de una gran campaña previa, ese día y a esa hora, todos los vehículos dejaron de transitar por la izquierda y los peatones debieron acostumbrarse a mirar para el otro lado antes de cruzar alterando hábitos automatizados desde siempre. Ampliamente publicitado por todos los medios posibles. Esa noche no faltaron los audaces que cual carrera de autos iniciaron, casi como una fiesta, el nuevo ritual de manejo por 18 de Julio. Pero los días siguientes, como recogió la prensa, no fue sencillo para nadie, ni para conductores ni para transeúntes o pasajeros de autobuses.³³

El crecimiento del parque automotor no hizo más que agudizar viejos problemas agudizados, sobre todo, en zonas densamente pobladas. Las obras más recientes

han incorporado el espacio para el tránsito seguro de bicicletas cuyo uso se extiende cada vez más. En diciembre del 2023 se inauguró la senda especial y demarcada sobre la avenida 18 de Julio que despertó polémicas por su ubicación en el centro de la calle y sus efectos estéticos. Las ciclovías han aumentado por toda la ciudad favoreciendo y extendiendo la movilidad en bicicletas y otras formas de traslado.

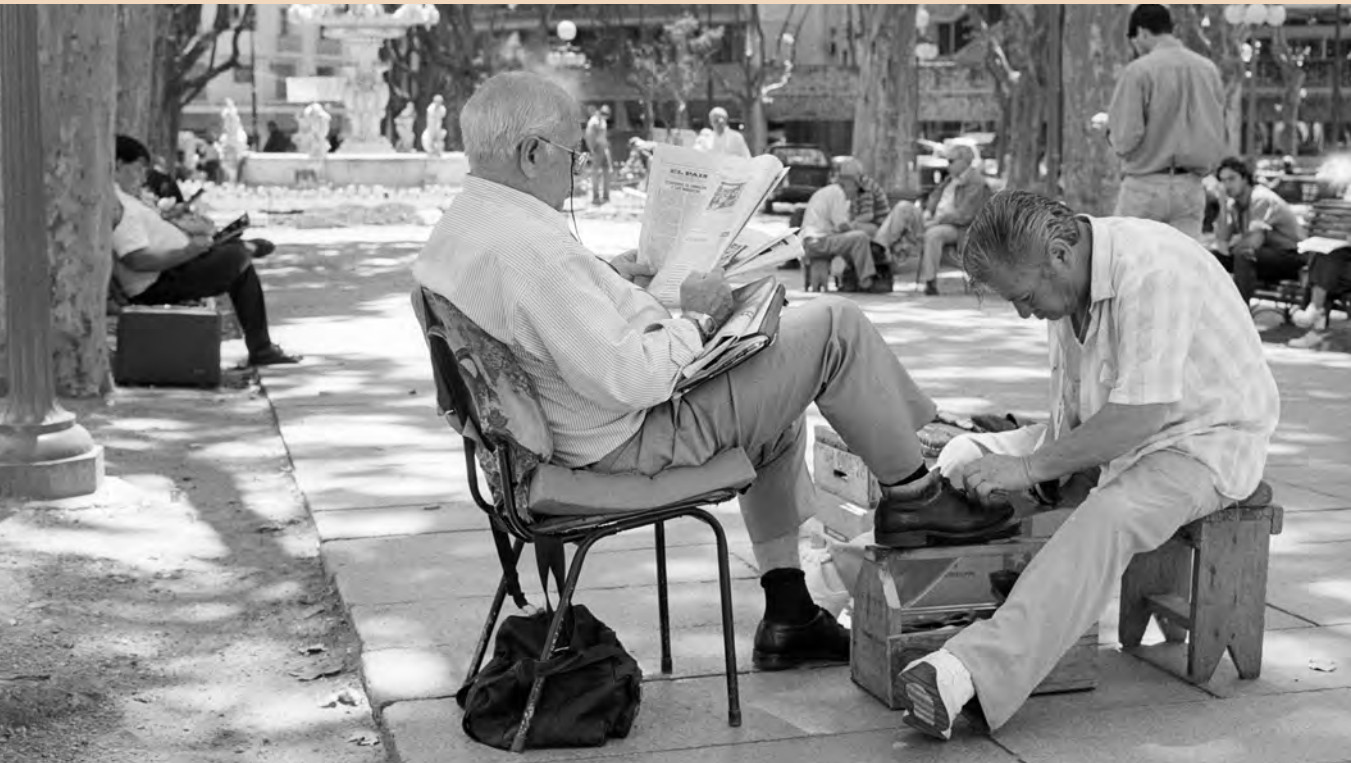
33 Daniel Elissalde, *Montevideo a través de 18 de Julio. De camino real a principal avenida*. Montevideo, 2024, p. 130.

Construcción de la calle Victoria. Al fondo, la Iglesia San Francisco de Asís. Barrio Nuevo París, 1927.
CdF, IM. Foto 04615F MHGE.



En esta página: Lustrabotas en la plaza Constitución, 1988. Fotografía de Jorge Ameal / CdF, IM. Foto 98-539_14FPJA.

En página contigua, izquierda: Vendedor ambulante en Villa Biarritz, 1987. Fotografía de Jorge Ameal / CdF, IM. Foto 87-06o_4oFPJA; centro: «El amigo canillita», en *Actualidades*, año 1, n.º 1, 13 de agosto de 1924; derecha: Afilador, 1996. Fotografía de Jorge Ameal / CdF, IM. Foto 96-074_09FPJA



Trabajadores y vendedores ambulantes se desplazaban por toda la ciudad. Algunos de ellos eran muy característicos del Centro, de sus plazas, cafés y bares, como el lustrabotas. Otros, llevaban a diario la leche y el pan a domicilio, o, con característicos sonidos, como el del afilador, anunciaban su llegada al barrio.

La presencia de vendedores, de cobradores de servicios (luz, agua, teléfono, mutualistas, clubes deportivos, entre tantos) o los carteros transitaban regularmente las calles en circuitos y calendarios previsibles.

A finales de 1980, el cobrador a domicilio fue sustituido primero por la cobranza en locales fijos en distintos barrios, por ir a pagar en fechas preestablecidas a clubes o bancos, y, ya en el siglo XXI, servicios financieros, bancos, tarjetas y pagos en línea sustituyeron estas modalidades cara a cara.



Bar, 1998. Fotografía de Jorge Ameal. CdF, IM. Foto 88-062_24FPJA.

Por toda la ciudad, muchos bares se convertían en un sitio de encuentro preferentemente masculino durante distintos horarios: el café de la mañana con el diario y los comentarios con los otros parroquianos, la sobremesa antes de encarar la segunda parte del día laboral o la noche al regreso del trabajo. Muchos de ellos solían tener teléfono público, o alguno guardado detrás del mostrador para ser usado, casi al lado del dueño, quien se aseguraba solo con una mirada que no se hicieran llamadas de larga distancia o de mucha duración.

Fueron muy frecuentes los bares con almacén contiguo, separado por una puerta. Despachaban una caña, una grapa, en el bar y al instante estaban atendiendo en el almacén rellenando una damajuana de querosene, una botella de vino suelto o pesando unas galletita.



Caminar por 18 de Julio

Cafés, actos solemnes, confiterías, marchas de protesta, cines, plazas, centros comerciales, fonoplateas, desfiles de carnaval, grandes empresas de transporte, festejos deportivos, los primeros semáforos y los varitas dirigiendo el tránsito son mojonos de una etapa de la vida de 18 de Julio, la arteria del Centro que abarca desde la plaza Independencia hasta el Obelisco. En nuestro siglo XXI, la actividad cultural y comercial en Montevideo, se presenta en diversos escenarios que a su vez ocupan diferentes zonas geográficas de la capital. Shopping, plazas de comidas, restaurantes, ferias temáticas, teatros, plazas, entre otros espacios, los encontramos más allá del *kilómetro cero*, situado en lo que es la plaza de Cagancha, más conocida como plaza Libertad.

El nombre de nuestra principal avenida, 18 de Julio, nació el 25

de mayo de 1843, circunstancia que se dio mientras transcurría un hecho bélico que marcó de forma profunda al país, la Guerra Grande. El encargado de darle nombre fue Andrés Lamas, que en aquel entonces era el jefe político y de Policía de Montevideo al considerar que

El 18 de Julio de 1830, el día en que juramos el Código Constitucional que consolida los grandes beneficios de la Independencia, que asegura los derechos del ciudadano y que es la base de nuestro progreso, bien merecía que se consagre a su memoria la más hermosa calle de Montevideo.³⁴

En 1919, obtuvo la categoría de avenida por el lugar que había adquirido, y al año siguiente se terminó su pavimentación.

Desde su planificación, previo a recibir su nombre, la calle estaba destinada a ser el eje central y organizador de la Ciudad Nueva. Así lo había dispuesto José María

Reyes, en el plano trazado en 1833.

La ahora avenida 18 de Julio comenzó a crecer en altura a partir de la década de 1930. Por aquellos años comenzaron a construirse edificios que disponían su planta baja para ser utilizado como comercio y el resto como vivienda.

La avenida se jalonó de cines como el Rialto (1921), Capitol (1924), Grand Splendid (1924), Versailles (1925). Este conjunto de salas compartirá su espacio con espectáculos teatrales y musicales. Luego, se construyeron salas específicamente diseñadas para la proyección de películas: Cine Teatro Ariel (1923), Rex Theatre (1928), Cine Metro (1936), el Ambassador (1937), el Radio City (1937), el Trocadero (1941), Cine Victory (1943), Cine Eliseo (1949), cines Plaza y Central (1950), Cine Iguazú (1950), El Polvorín (1954).³⁵

34 Tomado de <https://archive.org/details/LamasANomenclatura/page/n15/mode/2up> página 17.

35 Elissalde, o. cit., pp. 113-126.

Esquina de la avenida 18 de Julio y la calle Julio Herrera y Obes, década de 1940.
CdF, IM. Foto 22527FMHGE.



En 1925 se fundó la empresa interdepartamental ONDA (Organización Nacional de Autobuses), cuya sede se ubicó en la plaza Cagancha —el kilómetro cero de la ciudad—, donde las salidas y llegadas fueron el nuevo escenario de miles de compatriotas. En sus orígenes, la empresa iba a las casas a buscar a cada pasajero. Los viajes dentro del país se hacían mediante los trenes de pasajeros. La cultura imperante y la economía tampoco favorecían el traslado frecuente. La centralidad de Montevideo en materia universitaria, por ejemplo, llevaba a la necesidad de instalarse en la capital para estudiar. Para los jóvenes universitarios, la llegada de las encomiendas con cartas y suministros de alimentos por parte de las familias formaban parte de los ritos cotidianos. Los viajes en autobús se fueron acrecentando con el tiempo y se instaló definitivamente con el fin del ferrocarril. En 1994, se inauguró la terminal de transporte interdepartamental de Tres Cruces convertida en un único punto de

llegada de todos los autobuses interdepartamentales de mediana y larga distancia.

Los cambios en el ámbito del transporte seguirán ya que en 1937 comenzó a funcionar la empresa CUTCSA, que cubría con sus líneas prácticamente toda la ciudad. Poco a poco, los vehículos a motor se imponían sobre los tranvías.

Con el aumento del tránsito, aparecerá la figura de los varistas, «funcionarios integrantes de las Brigadas del Cuerpo de Tránsito», a fin de ordenar y agilizar el tráfico en las esquinas más concurridas, sobre todo en 18 de Julio. Ubicados en el medio de la calle —instalados en cabinas especiales semiabiertas con un techo circular, a veces solo una base y otras veces «a cuerpo suelto»— valiéndose de un silbato y una vara de madera que manejaban con una mano para llevar adelante su tarea, lo que les dio su denominación popular». ³⁶

A este conjunto de cambios, se le suma en 1953, la instalación de los primeros semáforos en 18 de Julio. Desde Andes hasta Ejido, los varistas serían reemplazados por aquellos reguladores electrónicos del tránsito.

Como ya se ha señalado, aquella vida social intensa, encontrará en cafés y confiterías el espacio para la interacción y el mostrarse: Tupí Nambá, Café Sorocabana, Confitería La Americana, pero 18 de Julio también cumplía con la función de paseo de compras: London París, Angenscheidt, Cauberrère, eran tiendas de artículos varios que se sumaban a la prolifera actividad céntrica.

Imposible pensar en 18 de Julio sin relacionarla con los grandes festejos deportivos de la selección uruguaya de fútbol (1924, 1928, 1930 y 1950), así como con la multitudinaria presencia de público para disfrutar del carnaval y de su desfile inaugural.

36 Elissalde, o. cit., p. 148.

En la principal avenida se instalaron periódicos muy populares como *El Día*, que trasladó sus viejas oficinas desde Mercedes y Andes hasta su nueva sede en 18 de Julio y Yaguarón; *El País*, en plaza de Cagancha, o *El Popular*, en el palacio Lapido, por citar algunos ejemplos.

Los diarios estaban casi todos dotados de pizarrones de noticias en sus puertas para actualizar la información a medida que se producía. Otros, como *El Día*, contaban también con una bocina que se activaba en los grandes acontecimientos como los triunfos

deportivos o para anunciar el fin de la segunda guerra mundial.

En la Montevideo que no paraba de crecer, las plazas serán lugares de encuentro de primera línea, pero además escenarios espontáneos o coordinados para celebraciones, movilizaciones políticas o gremiales. La plaza Libertad (formalmente plaza Cagancha) fue y sigue siendo un espacio de memoria por lo que representó como resistencia a la dictadura. Cada 20 de mayo, desde 1996, es el punto de llegada de la Marcha del Silencio que termina con la solemne lectura de cada uno de

los nombres de los detenidos desaparecidos durante la pasada dictadura civil-militar.

Circular masivamente por el centro comercial de la ciudad pasó a ser algo del pasado, lo mismo que las galerías que poblaron el eje de la principal avenida donde se congregaban las tiendas y boutiques de moda. La era de las galerías y las grandes tiendas por departamentos llegó a su fin. La inauguración de Montevideo Shopping en 1985 abrió una nueva comercial, muy extendida por toda la ciudad.

Artefactos para el hogar moderno

No es posible entender el siglo XX sin la radio y la televisión como medios de comunicación predominantes y ejes de la vida cotidiana. Si bien la radio como aparato emisor y receptor se instaló en 1922, su extensión y uso se hizo más popular desde la década de 1930.

La radio, por primera vez, llevaba la sonoridad al hogar. Escuchar sonido emitido a distancia ya era posible desde antes con los discos grabados, pero la radio introduce la novedad de que es simultáneo, es un sistema que derrama sonido por todo lo ancho y es captado por quien tiene el receptor. Inaugura el sistema *broadcaster*. Por primera vez en la historia, todos podían escuchar o elegir las mismas emisiones y comentar sobre lo escuchado o visto. Una experiencia compartida sobre la que se hablaba en forma permanente. Los dispositivos cambiaron sensiblemente con la posibilidad del transistor que permitió la portabilidad. Para las y los jóvenes de la década de 1950 fue lo que permitió una

escucha separada de sus padres, apropiarse de su música, formar parte de una generación que escuchaba y bailaba de forma frenética al ritmo del rock and roll, soul jazz, bossa nova, entre otros.

Hacia 1980, se extendió el uso de los casetes. Los precios de los radiocaseteros se abaratan y aunque tuvieron corta vida, fueron sin embargo clave para la construcción de una memoria de preferencias. Se podían obtener copias de casetes originales con la música preferida o, grabar directamente de la radio, cruzando los dedos para que no se interrumpiera la emisión de la canción preferida con algún aviso publicitario o algún comentario del conductor. El disco compacto, también de muy corta vida, le siguió como dispositivo.

Durante el siglo XXI, la digitalización, y sobre todo el teléfono como objeto unificador de todos los medios posibles, modificó las bases conocidas en las que se había asentado el siglo anterior

y además ocurrió en muy poco tiempo. Las redes, la lectura en pantalla, el streaming son los protagonistas del cambio cotidiano más reciente. Los medios son dispositivos, pero, sobre todo, son la parte de la cultura de la que forman parte y les da sentido, pero también generan un sistema que gira en torno a ellos. Como en muchas otras ocasiones en la historia, las visiones apocalípticas sobre los cambios y los males que acarrea para la cultura, vuelven a emerger. Ocurrió con todos ellos.

En la segunda mitad del siglo XX, la industria desarrolló en el mundo bienes de consumo doméstico que además abarataron sus costos. El transistor fue clave para el desarrollo de pequeños electrodomésticos cada vez más accesibles y populares como la batidora, la licuadora, entre otros. Heladeras modernas, cocinas y estufas se hacían cada vez más accesibles por su costo, el aumento del crédito del consumo, y la seguridad y confort que aseguraban. En

barrios más periféricos, el transformador se hacía indispensable para aumentar y estabilizar la tensión eléctrica que oscilaba, sobre todo en horas de alto consumo.

Como ha estudiado en detalle la historiadora Yvette Trochon, las tareas de cocinar y conservar los alimentos, se habían transformado y continuarán haciéndolo sin cesar. Pero también la cocina como espacio dentro de la casa, cambió sustancialmente en sus dimensiones, ventilación y luz. Las habitaciones dedicadas a cocinar, en las plantas estilo español, solían ser espacios ciegos y sin luz natural, pero las viviendas construidas en la segunda mitad del siglo xx presentaron otro modelo al estar proyectadas hacia el exterior, al tener mayores dimensiones y a albergar

el lugar para comer. Mesa y sillas de cármica con patas de metal, placares amplios y la extensión del uso del plástico se integraban a un nuevo modelo de cocina. Como ha señalado Trochon, el baño también se había transformado, incorporando decoración en sus paredes, cortinas para la bañera y el bidé que ya nacía integrado en las nuevas construcciones.

La tecnología aplicada al hogar integra nuevas formas de confort cotidiano, ahora bajo formas robotizadas. El hogar automatizado y controlado de manera remota —desde la vigilancia hasta la calefacción— se empieza a extender entre sectores con ingresos altos o medio altos. Aumentó considerablemente la construcción de edificios, en su mayoría sin esmero

estético que se elevan hasta lo que les permite la ley donde antes había viviendas familiares amplias ofrecen un predominio de viviendas monoambientales o de un solo dormitorio con un metraje muy reducido.

Nuevas transformaciones urbanísticas se consolidaron en las últimas décadas. La ciudad vivida, pero también la proyectada e imaginada cambió sustancialmente. Desde la década de 1990, la ciudad aumentaron las diferencias socioespaciales y la fragmentación se agudizó en el siglo XXI.³⁷ Otra vez, murallas invisibles atraviesan la ciudad, definiendo un afuera y un adentro marcando líneas de pobreza y exclusión cada vez más amplias.

37 Al respecto, véase el fascículo 1, que inaugura esta colección, escrito por Nicolás Duffau.



«El plato se hace más sabroso si el “episodio” es amoroso», en *Mundo Uruguayo*, 9 de mayo de 1940.

El radioteatro por episodios alcanzó su mayor desarrollo durante la década de 1940. La ficción seriada era esperada cotidianamente a la horas centrales, por lo general durante la primera hora de la tarde, la sobremesa o el descanso de la mujer de sus tareas domésticas. El dial presentaba una oferta muy grande de compañías radiotetrales y de guionistas que vendían sus libretos a las agencias de publicidad para promocionar sus productos. Dentro de la variedad de ofertas, el melodrama fue el más desarrollado. Contaba con aproximadamente 21 capítulos, con textos previsibles y personajes y siempre un desenlace feliz.

En esta página: Manifestación en la calle Carlos María Ramírez por reclamo del reintegro del derecho a los 2 kg de carne diarios para cada trabajador de la industria frigorífica, mayo de 1969.

Fotógrafos del diario *El Popular* / CdF-IM. Foto 1086-07_34-07FPEP.

En página contigua: Familia entrevistada acerca del efecto en su hogar de la veda sobre el consumo de carne establecida por el gobierno, 22 de julio de 1972. Fotógrafos del diario *El Popular* / CdF-IM. Foto: 1086-07_34-07FPEP.



Satisfacer las necesidades alimentarias en el hogar supuso un esfuerzo considerable que recayó principalmente en la mujer. Muchas fueron las veces en las que hubo desabastecimiento de productos básicos, por ejemplo, durante las guerras mundiales, cuando se cortó el flujo de importaciones, o por la suba de precios de productos imprescindibles o la escasez de huevos, yerba, azúcar, café, papel higiénico, aceite, entre tantos productos. En 1973 y 1974, el gobierno autorizó la mezcla de harina de sorgo con la de trigo frente a una mala cosecha por condiciones climáticas y las limitaciones para abastecerse de harina argentina. El color de la harina se tornó más oscuro de lo habitual y muchos panaderos alteraban la materia prima por sobre lo permitido en el decreto del Poder Ejecutivo de 1974 que establecía como límite un 10 % de sorgo mezclado con un 90 % de harina de trigo. El abastecimiento de carne en Montevideo también atravesó una gran crisis sobre finales de la década de 1960 y comienzos de la de 1970 y fue motivo de importantes debates internos sobre sus causas. Para el consumo cotidiano, esta crisis provocó una escasez, pero, además, un comercio paralelo y clandestino y un precio muy alto.

Los apagones fueron otra constante de los años sesenta y setenta en momentos en que había crecido notoriamente el empleo de artefactos eléctricos. Desde 1973, con el aumento del precio de los combustibles y luego, con la gran crisis de 1975 el gobierno civil-militar instauró los cortes programados además de un conjunto de medidas que abarcaban fuertes restricciones en los horarios de las oficinas públicas y privadas y limitación de espectáculos públicos, luminarias de negocios, uso de luz en corredores de edificios particulares, entre tantas medidas que procuraban disminuir el consumo doméstico.





El campo en la ciudad. La semana criolla en Uruguay, 16 de marzo de 2008. Fotografía de Carlos Contrera / CdF, IM. Foto 7696FMCMA.

Desde hace casi un siglo, se celebra la Semana Criolla en el predio de la Rural del Prado. Con jineteadas, exposiciones, comercio y espectáculos, la fiesta criolla congrega todos los años un numeroso público. La representación del campo en la ciudad alcanzaba su máxima expresión en esa semana festiva. Puede suponerse que esta ritualización festiva, fuera especialmente atractiva para buena parte de la población que había migrado del campo a la ciudad.

Palabras finales

Intentar siquiera aproximarse a narrar algunas escenas de la vida cotidiana a lo largo de trescientos años, es una tarea compleja que estamos muy lejos de agotar en las breves páginas de esta entrega. La vida cotidiana transcurre siempre sujeta a su condición de cambio permanente, a veces imperceptible y a veces muy ruidoso, de movimiento brusco debido a contingencias históricas. Cuando lo inesperado ocurre, el acontecer cotidiano se ve abruptamente modificado como recordamos todos haber vivido durante la pandemia de COVID-19. Nadie quedó ajeno. Temporales, inundaciones, sudestadas, olas de calor o de frío, también trastocan ese contexto cotidiano que aspira a ser predecible. La crisis económica, el desempleo, la inflación, el precio

de los alquileres, el acceso a la vivienda o a la salud, no son meramente datos estadísticos, sino realidades encarnadas en personas que se ven afectadas, aunque no todas de la misma manera.

La cotidianidad es diversa, condicionada por el acceso a los materiales que aseguren la base de subsistencia, relacionada con los niveles de ingresos. Pero además de estas condiciones materiales, los modos de hacer cotidiano están ligados y deben analizarse también según las tradiciones culturales, las creencias, género y representaciones del mundo. Referirse a lo cotidiano, es sobre todo, pensar en prácticas culturales que construyen colectivamente identidades.

Estos fragmentos de lo cotidiano consignados en apretada síntesis, repasa algunos ejes temáticos en un largo período de tiempo con las dificultades que esto implica.

Montevideo cotidiano deja abiertas las puertas para seguir conociendo esas pequeñas grandes historias, pequeños grandes gestos tan reconocibles como cotidianos, como dice Jaime Roos en *El hombre de la calle*:

El hombre de la calle
Atraviesa el temporal
Porfiado, de sombrero
Encorvado al caminar
Se para frente al kiosco
Lo distrae un titular
Y sigue, como siempre
Como todo en la ciudad



MVD
300